

CULTURAS Y CULTURA CONGREGACIONAL¹

Aquilino Bocos Merino, C.M.F.²

0. Introducción

I. Multiculturalidad en los Institutos: Don y tarea

1. Entre los signos nuevos: la fraternidad sin fronteras
2. Culturas y cultura congregacional. Aclaraciones
 - 2.1. Cultura-culturas
 - 2.2. Cultura congregacional
3. Repercusión de la multiculturalidad en la cultura congregacional
 - 3.1. *La historia de la salvación está marcada por el diálogo con la diversidad.*
 - 3.2. *El progresivo cambio de mentalidad*
 - 3.3. *La multiculturalidad es fruto de una confluencia de hechos*
 - 3.4. *Cuestionamientos a los Institutos de vida consagrada*
 - a) *Al modo de ejercer la misión*
 - b) *A la convivencia fraterna*
 - c) *Sobre todo, a la propia identidad*

II. Acreditar y hacer operativa la cultura congregacional

1. Primacías que acreditan la cultura congregacional
2. Condiciones para hacer operativa la cultura congregacional
 - 2.1. *Encuentro personal y reciprocidad*
 - 2.2. *Responsabilidad ética*
 - 2.3. *Recrear las pertenencias, hacer hogar, ser parábola*
3. Inspirados y movidos por la espiritualidad de comunión

III. ¿Cómo orientarse en medio de la pluralidad?

1. Acoger y gobernar las diferencias y favorecer la participación
2. Formar para superar fronteras, hacer puentes, estrechar lazos
3. Compartir y gestionar los bienes

Conclusión: Celebrar la Eucaristía: renovar la alianza y adelantar el Reino

¹ Este texto fue escrito como ponencia en la XXXV Semana Nacional para los Institutos de vida religiosa que organiza el Instituto Teológico de Vida Religiosa de Madrid. El libro de actas de la Semana recogió un resumen. Aquí se ofrece el texto íntegro, según ha aparecido en la revista CONFER.

² El autor fue 12 años Superior General de los Misioneros Claretianos y actualmente es profesor invitado en el Instituto de Vida Religiosa de Madrid.

INTRODUCCIÓN

Tres preguntas subyacen al tema que da título a esta conferencia: *¿Qué repercusiones tiene la multiculturalidad en la cultura congregacional? ¿Culturas dominantes dentro de los institutos? ¿Cómo orientarse en medio de la pluralidad?* Estas preguntas vienen formuladas a partir de la nueva situación en que hoy se desenvuelve la mayor parte de los Institutos religiosos, sobre todo aquellos que se hallan presentes en los distintos continentes o han sido bendecidos con vocaciones de pueblos y culturas diferentes. A las tres preguntas les une un mismo hilo conductor que es la interculturalidad³.

La interculturalidad, o con mayor precisión, el encuentro/diálogo entre las diversas culturas, emerge hoy no sólo en los ámbitos social, político, educativo, sino también eclesial y, ya más concretamente, en la vida consagrada. Hablar hoy de multiculturalidad e interculturalidad es adentrarse en un mundo complejo, lleno de resonancias antropológicas, étnicas, filosóficas, religiosas, etc. Es un desafío serio, pero estimulante. Como todo desafío, es oportunidad para escuchar la voz de Dios que nos interpela aquí y ahora y pide la renovación de nuestra vida y misión en el momento actual. Al correlacionar la cultura congregacional con las culturas nos adentramos en un tema de especial trascendencia. No es, por lo tanto, como pudiera parecer, adoptar una mirada introspectiva y narcisista, olvidando las otras grandes preocupaciones de la Iglesia y de los Institutos, sino reafirmar la propia identidad y adoptar las adecuadas actitudes para hacer fecundo el anuncio de que Jesús es el Señor de todos los pueblos y sigue reuniendo a todos los que se hallan dispersos. Estamos llamados a secundar su misión de unidad en esta sociedad que es pluricultural y corre el riesgo de incomunicación, incomprensión, intolerancia, fundamentalismo, relativismo y tantos otros males que se pueden producir cuando se olvida la dignidad de la persona y del valor de la fe..

En la última década del siglo XX comenzó a despertarse la conciencia del puesto que ocupa la cultura en nuestro entramado social⁴. En décadas anteriores todo había girado en torno a lo político y lo económico. Sin perder fuerza estos factores, se añadió

³ Hay quienes hablan de la interculturalidad como del imperativo de nuestro tiempo, un imperativo que el cristiano debe asumir si es que quiere estar a la altura de las exigencias contextuales y universales que se le plantean a la convivencia humana. Cf R. FORNET-BETANCOURT, *De la inculturación a la interculturalidad*, en AA.VV. Interculturalidad, diálogo interreligioso y liberación. Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra), 2005, p.43..

⁴ También los religiosos se ocuparon con especial atención sobre las relaciones vida consagrada-cultura, desde distintos puntos de vista. Cf J. ÁLVAREZ GÓMEZ, *Inculturación y vida religiosa*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1995. ID. *Vida consagrada para el tercer milenio*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1999. ID. *Carisma e historia, Claves para interpretar la historia de una Congregación religiosa*, Publicaciones Claretianas, 2001. AA. VV. (Claretianum) *La vita consacrata e la sfida dell'inculturazione*, Rogate, Roma, 1996. ID., *I consacrati profeti di una nuova cultura. Quali valori per il duemila*, Rogate, Roma, 1998. AA.VV (CISM) *santità, cultura, impegno*, Rogate, 1996. B. SECONDIN *Abitare gli orizzonti. Simboli, modelli, e sfide della vita consacrata*, Paoline, Roma, 2002.

el cultural que hoy es, sin duda, una clave imprescindible para interpretar y resolver los problemas en la vida colectiva⁵. Las tensiones, los trastornos sociales, son causados por distancias psicológicas provocadas por las diferencias culturales. Las memorias de los pueblos, de los grupos, de las personas ofendidas por la falta de atención, respeto, consideración de su dignidad, se revuelven y piden que se les escuche. Se está comprobando que la persona es algo más que un ser económico o político y que su interior no es reducible a algunas dimensiones que quiere imponer el pensamiento único, sea de la ideología que fuere.

El Obispo misionero claretiano Pedro Casaldáliga ha escrito este comentario:

-“Si la democracia viene de los griegos, el cristianismo, de judíos, y la técnica de meditación, de Oriente...

-Si las cifras que sumamos son árabes, las letras que escribimos son latinas... y la imprescindible rueda, es persa...

-Si Asia entregó el arroz, los países mediterráneos, el trigo y América el maíz...

-Si muchos ritmos que bailamos son africanos...la no violencia que más inspira es india... y el universal villancico “Noche de paz” es germánico...

-Si la raza humana es de todos los humanos y humanas de esta tierra... ¿por qué no luchar para que todas las culturas dialoguen y aporten en la construcción de un mundo en justicia y en la paz?”

Considero un acierto que la Dirección del Instituto de vida religiosa de Madrid haya incluido este tema en la Semana y no oculto la satisfacción por poder ofrecer algunas reflexiones en torno al mismo en este momento, justamente cuando celebramos cuarenta años del Concilio, diez años de la publicación de la exhortación postsinodal *Vita Consecrata* y un año de la muerte de Juan Pablo II. Tres acontecimientos que, aunque no lo parezca, tienen que ver con este tema. El Concilio, como dijo Pablo VI al inicio de la cuarta sesión, “es un acto solemne de amor por la humanidad”. La Constitución *Gaudium et spes* aborda el hecho cultural⁶ y el Decreto *Ad gentes* abrió una nueva vía para llevar el Evangelio al encuentro de las culturas⁷. Los decretos sobre *la libertad religiosa* y *el ecumenismo* favorecieron, sin duda, la experiencia multicultural. Me apresuro a precisar que el Concilio habló más frecuentemente de cultura que de culturas. Por lo cual es preciso tener en consideración el proceso seguido en los cuarenta años que nos separa de su conclusión. La *Vita Consecrata* (VC) nos incita a ser “signo de un diálogo siempre posible y de una comunión siempre capaz de poner en armonía las diversidades”⁸, a recordar que los Fundadores hicieron de su proyecto de vida una propuesta cultural innovadora y a tener en cuenta que el que sigue a Cristo más de cerca da origen a “una auténtica cultura de referencia” para la evangelización de las culturas⁹. Y evocar la figura de Juan Pablo II, en el primer aniversario de su muerte, es un modo de agradecer su esfuerzo por dar respuesta al divorcio entre fe y cultura, a la inculturación del Evangelio y a inculturación de los

⁵ Cf C. DÍAZ MARCOS, *Evangelizar la cultura*, Sal Terrae, Santander, 1995. J. MIRALLES, *Problemas y tendencias de la sociedad europea en el próximo futuro*, Sal Terrae, 85 (1993) 384-359.

⁶ Cf GS 53-62. Los cambios tan profundos y acelerados llevan a una nueva época de la historia y a una nueva cultura, más universal. Nos hallamos ante la cultura del cambio o, más apropiadamente, del intercambio (cf GS n 54).

⁷ Cf AG 9, 10, 11...

⁸ VC 51

⁹ VC 80.

carismas fundacionales. Juan Pablo II trabajó en la *Gaudium et spes*, fue secretario del Sínodo de la evangelización del mundo contemporáneo, afirmó que “el porvenir del hombre depende de la cultura” (UNESCO, 1980)¹⁰, fundó el Pontificio Consejo para la Cultura (1982) y escribió grandes mensajes sobre las migraciones y el diálogo entre las culturas.

Al recordar esta triple referencia (Concilio, VC y Juan Pablo II), intento destacar el punto en el que nos hallamos en el proceso de renovación postconciliar eclesial y de la vida consagrada¹¹. La Iglesia, en el postconcilio, ha vivido una época de progresiva autocomprensión en intercambio constante con el mundo que ha ido evolucionando vertiginosamente¹². En este contexto se entiende la escalada que ha tenido y está teniendo en los diversos foros la reflexión y la praxis de la interculturalidad. En poco tiempo hemos pasado de ver la pluriculturalidad como *una amenaza* a una oportunidad de *enriquecimiento*. Pensar e introducirse en la dinámica que ésta comporta está siendo una oportunidad para descubrir la dignidad y el respeto que merecen las diversas culturas, el derecho a la diferencia, el valor de la propia identidad y la integración de lo diverso.

I. Multiculturalidad en los Institutos: Don y tarea

1. Entre los signos nuevos: la fraternidad sin fronteras

Uno de los signos de que algo nuevo se está produciendo en la vida religiosa es el interés por dar respuesta al reto de la multiculturalidad en el interior de los Institutos. Evidentemente, esto tiene una resonancia profética para la vida de la Iglesia.

En los primeros años 70 los religiosos y religiosas abogábamos por las comunidades homogéneas, en pequeños grupos y, preferentemente, insertos entre los pobres. ¿Por qué desde hace unos diez años se ha cambiado la estimación y se han ido formando comunidades internacionales y de distintas culturas? Fueron los nuevos vientos de la misión eclesial los que llevaron a otras fronteras a los religiosos y, así, el documento *La vida fraterna en comunidad* (VF) (1994) decía “La vida fraterna en común tiene un valor especial en los territorios de misión *“ad gentes”*, porque demuestra al mundo, sobre todo no cristiano, la «novedad» del cristianismo; o sea, la caridad que es capaz de superar las divisiones creadas por toda raza, color y tribu. Las

¹⁰ En el discurso pronunciado en la Universidad de Coimbra (15-V-82) dijo: “En el pasado, cuando se intentaba definir al hombre, casi siempre se hacía referencia a la razón, o a la libertad, o al lenguaje. Los recientes progresos de la antropología cultural y filosófica demuestran que se puede obtener una definición no menos precisa de la realidad humana, refiriéndose a la cultura. Ésta caracteriza al ser humano y lo distingue de los demás seres, no menos claramente que la razón, la libertad y el lenguaje”.

¹¹ Cf A. BOCOS MERINO, *El camino de la vida consagrada desde el Concilio hasta hoy*, en CIVCSVA, *Perfectae caritatis. Cuarenta años*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2006, p. 126.

¹² Advertía el proceso en el que se hallaba: “Mientras el mundo siente con tanta viveza su propia unidad y la mutua interdependencia en ineludible solidaridad, se ve sin embargo, gravísimamente dividido por la presencia de fuerzas contrapuestas. Persisten, en efecto, todavía agudas tensiones políticas, sociales, económicas, raciales e ideológicas, y ni siquiera falta el peligro de una guerra que amenaza con destruirlo todo” (GS 4). Conviene añadir que el entorno observado por el Concilio es bastante diverso al de la multiculturalidad actual.

comunidades religiosas, en algunos países donde no se puede proclamar el Evangelio, son casi el único signo y el testimonio silencioso y eficaz de Cristo y de la Iglesia”¹³.

Durante la preparación y celebración del Congreso Internacional de la vida consagrada (Roma, noviembre, 2004), los religiosos y religiosas tuvieron una especial preocupación por *descubrir, acoger y reforzar* lo nuevo que el Espíritu podía estar mostrando en su Iglesia y en el mundo para la vida consagrada. Entre los signos de novedad y de esperanza figuraban los encuentros con las diversas culturas y cómo nuestras comunidades están viviendo su vocación de hogar abrazando todas las diferencias de género, de culturas, de etnias, de creencias, de rito, de edad, de formas de vida, de carismas y de ministerios. Crece el número de comunidades religiosas donde viven miembros, no sólo de diversas naciones, sino de diferentes culturas, haciéndose presentes modos distintos de ver, de sentir, de pensar, de vivir. Y esto tiene su repercusión en la espiritualidad, en la convivencia, en el ejercicio de la misión.

Las diferencias de género, de cultura, de etnia, de creencias, de rito, de edad, de formas de vida, de carismas y ministerios, fueron objeto de especial atención en la elaboración del Documento de Trabajo. La multiculturalidad fue destacada como don y tarea. Los temas de la globalización y sus ambigüedades, de la movilidad humana y sus procesos migratorios, del pluralismo en todos los órdenes y esferas, la innata tendencia a lo diverso, etc, fueron subrayados como auténticos desafíos y oportunidades para la vida consagrada, que, como realidad social y eclesial que es, se siente inmersa en procesos de transformación, con todo lo que implican interdependencia y colaboración, y favorecen la inculturación de los carismas. Uno de los grupos de trabajo estuvo dedicado a reflexionar, compartir y proponer pautas sobre la *cultura congregacional*¹⁴.

La CONFER, al organizar el Encuentro Nacional de vida religiosa, queriendo rememorar y aplicar a España lo vivido y reflexionado en Roma, ofreció la posibilidad de participar en un taller de reflexión y de debate con el título “Encuentro entre culturas en la vida cotidiana”. Propiamente el tema no era sobre la cultura congregacional, sino sobre la vivencia de la interculturalidad en las comunidades y en los Institutos de vida consagrada en orden a su misión en el mundo actual¹⁵.

En los dos acontecimientos quedaron resaltados dos aspectos: por un lado, que la multiculturalidad ofrece oportunidades para el enriquecimiento y la maduración de las personas, de los grupos y de las instituciones; y, por otro lado, la necesidad de asumir el proceso de purificación que conlleva la eliminación de prepotencias y exclusiones desde las culturas dominantes y la superación de prevenciones, contrastes, prejuicios y conflictos. En los dos acontecimientos de vida religiosa hubo un mismo mensaje, más o menos, explícito, en torno a este tema: los consagrados y consagradas son conscientes de su vocación de comunión y aceptan el reto del pluralismo, en todos los ámbitos, para convertir sus comunidades en auténticas casas donde se sienta, se viva, se exprese la comunión. Prevalece, pues, la perspectiva positiva sobre la negativa. Sin negar los problemas, se afirma la posibilidad del enriquecimiento.

¹³ VF 66.

¹⁴ USG-UISG, *Pasión por Cristo, pasión por la humanidad*. Congreso internacional de la vida consagrada. Publicaciones Claretianas, Madrid, 2005. 2ª ed., pp. 336-339.

¹⁵ Este taller estuvo dirigido por Diana de Vallescar, cf CONFER, 45 (2006) 267-270.

Evoco esta doble referencia para destacar cómo se ha hecho voz pública, en dos foros importantes, este tema que tiene su historia y adquiere mayor trascendencia del que pudiera parecer. Pero también tengo que añadir que no ha sido el tema que, en el conjunto de preocupaciones en la vida religiosa, haya merecido uno de los primeros puestos. Véase la escasa valoración que alcanza en el índice de respuestas dado en el Encuentro Nacional de vida religiosa cuando se preguntó por las prioridades en que se debía fijar la CONFER en su servicio de animación¹⁶.

Tampoco tuvo tanta acogida como se podía esperar el documento de la Unión de Superiores Generales: *Dentro de la globalización: hacia una comunión pluricéntrica e intercultural. Implicaciones eclesiológicas para el gobierno de nuestros Institutos* (Roma, 2000)¹⁷. Y en este documento se daban ya bastantes claves para afrontar la nueva situación que estaba emergiendo con fuerza en los Institutos religiosos.

Voces autorizadas sobre la multiculturalidad y sus resonancias en la vida de las comunidades religiosas se escucharon en el Congreso anual del “Claretianum”, Instituto de vida consagrada de Roma, celebrado en el 2005. Remito a sus actas¹⁸.

No han faltado Superiores o Gobiernos Generales que han comenzado a tomarse en serio el desafío del pluralismo cultural y la unidad del Instituto¹⁹. En el Simposio organizado por la CIVCSVA en Roma para conmemorar los 40 años del *Perfectae caritatis*, el H. Álvaro Rodríguez, Superior general de los HH. De las Escuelas Cristianas y Presidente de la USG, se expresaba en estos términos respecto a la vida religiosa masculina: “...el reto que se nos presenta es vivir los elementos fundamentales del carisma encarnado de una manera única y original en cada cultura. Pero, al mismo tiempo, se trata de estar abiertos con una actitud intercultural a las diferentes culturas y enriquecernos con sus valores. Se trata de un movimiento de reciprocidad, que supera el predominio de una cultura sobre otra, o la imposición de los propios criterios culturales. Proceso que implica también un elemento afectivo, es decir, sentir como siente el otro, en actitud de respeto, solidaridad y testimonio evangélico”²⁰. Y la Hna. Teresina J. Rarera, Presidenta de la Unión de Superiores Generales, también aludió a la confrontación con el desafío del pluralismo cultural y religioso. “Hablar de culturas y de pluralismo religioso no es fácil. Tampoco lo es seguir la línea de pensamiento del mercado globalizado que da prioridad a las culturas capaces de consumo en detrimento de la completa exclusión e indiferencia de las culturas minoritarias, nunca reconocidas como ‘civilizadas’”²¹.

El mensaje queda flotando en el aire. ¿Será voz del Espíritu que nos interpela en este contexto de diversidad a ser signos de unidad? ¿No es este momento de la historia una ocasión propia para escuchar al Espíritu, discernir su presencia e interpretar lo esencial y lo accesorio a la luz de la Palabra de Dios? ¿Cómo vamos a gestionar la

¹⁶ Cf CONFER, 45 (2006) 308.

¹⁷ Véase el texto en la revista VidRel, 90 (2001) pp. 84-120.

¹⁸ S. GONZÁLEZ SILVA (ed) *Sin fronteras. Vida consagrada y multiculturalidad*. Publicaciones Claretianas, Madrid, 2005.

¹⁹ Algunos Institutos misioneros han venido reflexionando sobre este punto desde los primeros años noventa. Entre otros, los Misioneros Combonianos, los Misioneros de África, los Misioneros del Espíritu Santo, los Misioneros de la Consolata, la Sociedad del Verbo Divino, y las ramas femeninas respectivas o con idéntico espíritu misionero.

²⁰ CIVCSVA, *Perfectae caritatis. 40 años*. Publicaciones Claretianas, Madrid, 2006, p. 216.

²¹ O.c. p. 233.

pluralidad? ¿Qué enseñanzas vamos a sacar de las experiencias seculares de nuestros Institutos que se han movido en contextos sociales y culturales diversos a los que nacieron? ¿Qué nuevo aporte vamos a dar a la Iglesia que nos sigue pidiendo fidelidad a la identidad cristiana en la acción pastoral, ecuménica, misional y social?²² ¿Qué puede significar en el momento actual ser servidores de la Alianza, inaugurada por Jesús, quien vino a reunir lo disperso, saltó todas los límites²³ y nos dejó sacramentalizado en la Eucaristía el mandamiento del amor hasta la muerte? ¿No tendremos que volver una y otra vez a la Eucaristía para renovar esta alianza y crecer en fraternidad universal?

Los religiosos y religiosas estamos llamados a ser artífices creativos de la paz. Construir la paz está en la entraña misma de nuestra misión profética. Al sumarnos al coro de los que claman por la paz, lo hacemos como cristianos, como consagrados, que buscamos hacer efectiva la fraternidad universal de los hijos de Dios. La paz, la que da el mundo, es política; con frecuencia es un mero reparto de intereses, un precario equilibrio de fuerzas, que antes o después vuelven a hostigarse. Sólo la paz, don de Cristo resucitado, es profunda y completa, y puede reconciliar al hombre con Dios, consigo mismo y con la creación²⁴. Pocos descubren en la persona de Jesús y en la Eucaristía el don de la paz y el itinerario para conseguirla. De poco valen los desarmes si no hay reconocimiento de la herencia otorgada por Jesús al marcharse al Padre: “*Mi paz os dejo, mi paz os doy*” (Jn 14,27). ¿Qué hizo Jesús en su vida sino realizar el Reino, instaurar la adecuada relación del hombre con Dios y con el prójimo? En Jesús “*la justicia y la paz se besan*” (Sal 85, 11).

2. Culturas y cultura congregacional. Algunas aclaraciones

1.1. Cultura-culturas.

Con la noción de cultura, sucede igual que lo que dice S. Agustín sobre el tiempo: Si no me preguntas, sé lo que es, pero si me lo preguntas no sé definirlo²⁵. Se cuentan por centenares las definiciones de la cultura. No es el caso de entrar en etimologías e historia de este concepto, ni en tantas distinciones como hacen los antropólogos, los etnólogos, los sociólogos y los filósofos de la cultura²⁶. La Constitución conciliar GS dejó esta descripción: “Con la palabra *cultura* se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes

²² Cf PC 2.

²³ Cf N. CALDUCH-BENAGES, *La dimensión universal del mensaje de Jesús*, en S. GONZÁLEZ SILVA (ed), *Sin fronteras*, pp. 77-96.

²⁴ Cf JUAN PABLO II, *Mensaje pascual*, 2002.

²⁵ Cf P. SALVI, *L'interculturalità nel mandato missionario dei singoli Istituti: ricchezza o problematicità*. Notiziario CISM-USMI-GIL, *Vita consacrata in Lombardia*, n. 60. marzo-2002, p. 32. Cf P. POUPARD, *Culture et inculturation, essai de définition*, en *Seminarium*, 32 (1992) 19-34

²⁶ Cf D. DE VALLESCAR, *Cultura, multiculturalismo e interculturalidad*, Madrid 2000, pp. 11 y ss. H. CARRIER, *Cultura*, en *Diccionario de la cultura*, Estella (Navarra), 1994. G.MALGESINI-C.GIMÉNEZ, *Guía de conceptos sobre migraciones, racismo e interculturalidad*. Madrid, 2000 G. GENNAI, *Léxico interculturale*, Bologna, 2005.

experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano”²⁷.

En 1982, en México, casi ciento treinta gobiernos, reunidos por la UNESCO para hablar de las “políticas culturales”, adoptaron unánimemente esta definición de cultura: “En su sentido más amplio, la cultura puede considerarse como el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos, que caracterizan a una sociedad o un grupo social. Además de las letras y las artes, comprende los modos de vivir, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones, las creencias”. Y en esa misma Declaración añadieron: “La cultura da a la persona la capacidad de reflexionar sobre sí misma. Es ella la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales, críticos y éticamente comprometidos. Por ella discernimos los valores y realizamos opciones. Gracias a ella la persona se expresa, toma conciencia de sí misma, se reconoce como un proyecto inacabado, pone en cuestión sus propias realizaciones, busca incansablemente nuevas significaciones y crea obras que la trascienden”²⁸.

En la última Congregación General de la Compañía de Jesús, en la que se abordó el tema de la misión y la cultura, se partía de la siguiente definición: “*Cultura* significa la manera en la que un grupo de personas, vive, piensa, siente, se organiza, celebra y comparte la vida. En toda cultura, subyace un sistema de valores, de significados y de visiones del mundo que se expresan al exterior en el lenguaje, los gestos, los símbolos, los ritos y estilos de vida”²⁹. Por lo sintética y completa, retengo esta definición como referencia, a la que se puede volver una y otra vez para recordar los elementos esenciales.

Cuando se examinan las descripciones que se hacen de las culturas, encontramos en ellas, dentro de su gran complejidad, unas notas comunes: Todas tienden a interpretar de modo global e integrador la realidad mundana y la vida humana³⁰; son una propuesta de sentido y de progreso humanizador y, por lo tanto, asumen la condición histórica y social del grupo y de la persona; reúnen en sí, de forma cohesionada y complexiva, todos los elementos a través de los cuales se despliega el grupo en su vida ordinaria, en su organización social y económica y en sus celebraciones; ofrecen una función normativa o de regulación de la vida ética de la persona y el grupo con criterios, códigos axiológicos, etc.³¹; y, generalmente, como fundamento que da razón y sentido a todo, la

²⁷ GS 53.

²⁸ Citado por H. Carrier, o.c. p. 156.

²⁹ Decreto “*Nuestra Misión y Cultura*”. Congregación general 34 de la Compañía de Jesús, 1995. ed. Curia General, Roma, p. 114

³⁰ X. Etxeberría, siguiendo a Paul Ricoeur, destaca tres niveles: el de *los instrumentos*, el de las *instituciones* y el *ético-simbólico*. Véase en su obra, *Sociedades multiculturales*, Mensajero, 2004. pp.30-31.

³¹ La cultura “es el medio en el que toda persona crece llega a ser ‘ella misma’. Como el pez en el mar, la vida del hombre transcurre en un ámbito que lo engloba: una cultura. Al llegar al mundo se encuentra ya inmerso en una estructura de significaciones que le dan sentido; tiene que aprender a conformar su propio mundo sobre la base de creencias y actitudes transmitidas por una comunidad preexistente. La cultura es una totalidad que rebasa la vida de una persona, es el contexto en el que se cumplen sus deseos y se ejercen sus decisiones” L. VILLORO, Estado plural, pluralidad de culturas, Paidós, México, 1998, 110-111.

referencia al absoluto³². Otros rasgos inherentes a las culturas son la autoafirmación personal y del grupo, la capacidad de adaptación al medio, la constante búsqueda en orden al perfeccionamiento, la confrontación y conflictividad. De todo esto se deriva que la cultura sea fuente de identidad, tanto de la persona como del grupo. Y, como consecuencia, se aprecian en ellas, entre otras, estas funciones: *dialógica, comunicativa y perfectiva*³³.

La cultura nos remite al plural, es decir, a las culturas. Porque lo que se da, en realidad, son las culturas. Y no hay una cultura superior a otra. Cada una tiene sus luces y sus sombras, sus rasgos positivos y sus rasgos negativos³⁴. De una correcta vivencia de la cultura no sólo deriva el respeto, sino también la interrelación. Ninguna cultura es una isla, ni es una realidad que puede permanecer herméticamente cerrada. Las relaciones entre culturas pueden ser armoniosas, conciliadoras, pero también pueden ser de rivalidad y conflictivas, debido al uso de la fuerza o la imposición. De hecho, no todas tienen las mismas escalas de valores, pues las hay que son intolerantes y excluyentes. A este respecto Alpha Oumar Konaré, Presidente de la Rep. De Mali, decía en 1993: *“Mientras una civilización ejerza sobre otras una presión política, intelectual y moral basada en aquello que la naturaleza y la historia le han concedido, no podrá haber esperanza de paz para la humanidad: la negación de las especificidades culturales de un Pueblo equivale a la negación de su dignidad”*³⁵. Y Mahatma Gandhi afirmó: *“No quiero que mi casa quede totalmente rodeada de murallas, ni que mis ventanas sean tapiadas. Quiero que la cultura de todos los países sople sobre mi casa tan libremente como sea posible. Pero no acepto ser derribado por ninguna ráfaga”*³⁶.

Los seres humanos somos seres multiculturales y nuestra vida transcurre entre la afirmación y correlación. El acierto de evitar extremos, como son el universalismo o el culturalismo, corona el éxito de la convivencia. El pluralismo cultural lleva, pues, a trabajar por el reconocimiento, por la aceptación, por la tolerancia, por la convivencia, por la paz. Lo cual implica cambio de mentalidad, descentrarse, conversión, purificación, acoger lo diverso, entrar en la dinámica de la reciprocidad y de la complementariedad.

1.2. Cultura congregacional.

Es una expresión poco usada entre nosotros. Para quien la oiga por primera vez, puede resultarle un tanto extraña³⁷. Pero si, salvando la debida diferencia, hacemos una

³² Hace una más amplia explicación de estos elementos, siguiendo a la GS, D. SALADO, *De la idea de “la cultura” y del “creciente intercambio” (Vaticano II) a la “interculturalidad” y “diálogo de las culturas” en un mundo multicultural*. En Ciencia Tomista, 132 (2005), pp. 562—564.

³³ Id. *Ib*, pp. 564-565. Cf M. Howard, *La cultura del conflicto. Las diferencias interculturales en la práctica de la violencia*. Barcelona, 1995. E.W. SAID, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, 3º.ed. 2004.

³⁴ Amin Maalouf ha denunciado la apasionada locura de los hombres que, en nombre de la cultura, de la religión o de la lengua, son capaces de matar. Por qué la afirmación de uno tiene que ser la negación del otro. Cf *Identidades asesinas*, Alianza editorial, Madrid, 2004.

³⁵ UNESCO, *Nuestra diversidad creativa*. Informe de la comisión mundial de cultura y desarrollo, Madrid, 1997, p.35

³⁶ Citado en *ib*. p.49

³⁷ Las Conferencias de Superiores Mayores de Estados Unidos con el Centro de Estudios Teológicos de Chicago han llevado a cabo un estudio titulado: *A tool to help religious congregations determine the cultural influences on their communities*, Center for the Study of Religious Life, Chicago, 2002.

relectura de lo dicho de las culturas a la luz de los carismas fundacionales, veremos que se nos abre una perspectiva llena de creatividad y de compromiso.

El documento sobre la formación *Potissimum institutioni* (1990) concluía el n. 90, con esta expresión: “Existe, pues, una afinidad entre la vida religiosa y la cultura”. La cultura y la vida religiosa convergen en que favorecen el desarrollo de la persona. Un desarrollo que depende del modo de relacionarse con la naturaleza, con los hombres y con Dios³⁸. Se podría seguir ahondando en esta vinculación cultura-vida religiosa desde la vivencia de los votos de pobreza, castidad y obediencia, expresión de la triple relación con la naturaleza, los hombres y Dios³⁹, pero la clave que da razón a que pueda hablarse de “cultura congregacional” es la del carisma de un Instituto o Congregación.

De todos modos, se ha de hacer notar la diferencia entre la noción de cultura vista desde las ciencias humanas y la cultura aplicada a una Congregación. La cultura congregacional desborda los parámetros simbólicos, sociológicos y organizativos, pues entra de lleno en el misterio que es la Iglesia, que no se identifica con la sociedad. El Evangelio no se identifica con una cultura⁴⁰. La cultura es autónoma y la fe es independiente; la cultura sirve de base para la fe y la fe siempre se encarna en una cultura.

La fundación de un Instituto y su desarrollo histórico tiene cierto paralelismo con el misterio de la Encarnación. El Hijo de Dios se hace hombre en una cultura y, a lo largo de su vida, va haciendo ver que trasciende toda cultura, pues su misión es universal. El Espíritu suscita grupos de seguidores de Jesús en torno a Fundadores y Fundadoras en culturas concretas, pero las nuevas comunidades las trascienden. Cada fundación es un acontecimiento eclesial. La vocación religiosa, es vocación de Iglesia; es vocación de catolicidad y de apostolicidad. La cultura congregacional tiene raíces, expresiones, cauces y finalidades dentro de la Iglesia, Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo, que se concretiza en diversas culturas.

En toda cultura hay aspectos visibles y otros encubiertos. Los primeros configuran la cultura manifiesta que está formada por objetos, acciones y pautas, tal como el tipo de casa, los gestos, el vestido, el lenguaje, los principios de conducta. Los segundos forman la cultura encubierta, es decir, no observable directamente, y la forman las creencias, los valores, las expectativas, los miedos, etc. Es importante ver que estos dos aspectos se interrelacionan y son parte de un sistema.⁴¹ Esta constatación tiene aplicación a la cultura congregacional. Cuando hablamos de Congregación frecuentemente hacemos mención de la organización, de las estructuras, de los números, de las obras, de los libros, fijando la atención en elementos externos. Todo esto es integrante, pero lo decisivo son las creencias, los valores que brotan de aquella experiencia del Espíritu que dio origen a la comunidad de los hombres y mujeres

³⁸ Recordemos lo que dice Puebla sobre la cultura. “Con la palabra “cultura” se indica el modo particular como, en un pueblo, los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios (GS 53b) de modo que puedan llegar a “un nivel verdadera y plenamente humano” (GS 53a). Es “el estilo de vida común” (GS 53c) que caracteriza a los diversos pueblos; por ello se habla de “pluralidad de culturas” (GS 53c) (Cfr. EN 20)”. (Puebla, 386).

³⁹ Así lo hizo J. ÁLVAREZ GÓMEZ, *Vida consagrada para el tercer milenio*. Publicaciones claretianas, Madrid, 1999, 145-146.

⁴⁰ Cf EN 20.

⁴¹ Cf M. SÁNCHEZ CUESTA, *Cultura*, en Diccionario de pensamiento contemporáneo, San Pablo, Madrid, 1997.

convocados a seguir a Jesús según el proyecto de santidad y de apostolado del Fundador. El carisma es el vínculo de comunión y es la fuerza de la misión.

Cada Congregación arraiga en una cultura, crece y se desarrolla en esa cultura, pero no se limita a una determinada cultura. Hay una matriz, que es el sello del seguimiento de Jesús según el propio carisma, que le incita a trascender los modos de pensar, sentir, proyectar propios de cada tiempo y lugar. Y así va formando esa cultura propia que les permite responder al individuo y al grupo a los más diversos problemas. Como en cualquier cultura, también en la cultura congregacional, existe un sistema de valores, de significados y de visiones del mundo y de la Iglesia, que se expresan a través del lenguaje, de los gestos, de los símbolos, de los ritos y del estilo de vida.

La cultura congregacional lleva dentro de sí “pensar globalmente” y “actuar localmente”. Busca la unidad en la pluralidad. Armoniza lo que es común y los aspectos particulares de las culturas de donde proceden los miembros. Por eso, en estos tiempos de acentuada pluralidad, es tan importante la sabiduría de lo esencial.

En la cultura congregacional se dan, como en todas las culturas, las grandes características anteriormente indicadas, de entre las que subrayo las funciones *identificativa* y *perfectiva*. Cada Congregación posee las claves de referencia para identificarse como comunidad con un estilo de vida que le diferencia, con un patrimonio espiritual y cultural que le hace sentirse distinto y, a la vez, en comunión con otras formas de vida consagrada y con otros grupos humanos. Por otro lado, posee una capacidad de superación que le hace entrar en continua dialéctica entre cada una de las personas y el origen carismático. Gracias a esta dialéctica o intercambio se va progresivamente produciendo nuevas vinculaciones, se purifican las motivaciones, se reafirma la pertenencia y se va asimilando la totalidad de los valores. El carácter perfectivo, inherente a la cultura congregacional, la hace estar por encima de los valores secundarios y elevar a los miembros a un nivel de superación en todos los órdenes.

3. Repercusión de la multiculturalidad en la cultura congregacional

La incidencia de la multiculturalidad en la cultura congregacional sólo es comprensible desde perspectivas más amplias que las que ofrece la vida ordinaria. Hay que abrirse al vasto y complejo campo de la inculturación del Evangelio.

3.1. La historia de la salvación está marcada por el diálogo con la diversidad.

Desde el principio, la Iglesia ha tenido que irse abriendo y relacionando con otras culturas. Pensemos en Pentecostés, en el concilio de Jerusalén, en la Iglesia de Antioquia, en las Iglesias de Corinto, Roma, etc⁴². Y así en todas las épocas. También la vida consagrada, a lo largo de su historia, se ha visto obligada a tender puentes entre

⁴² Benedicto XVI en el discurso del 22 de diciembre del 2005 recordaba: “La situación que el Concilio debía afrontar se puede equiparar, sin duda, a acontecimientos de épocas anteriores. San Pedro, en su primera carta, exhortó a los cristianos a estar siempre dispuestos a dar respuesta (*apología*) a quien le pidiera el *logos* (la razón) de su fe (cf. *I P* 3, 15). Esto significaba que la fe bíblica debía entrar en discusión y en relación con la cultura griega y aprender a reconocer mediante la interpretación la línea de distinción, pero también el contacto y la afinidad entre ellos en la única razón dada por Dios”.

culturas diversas y hasta hostiles⁴³. Pensemos, por ejemplo, la acogida que ha dispensado a todo tipo de inmigrantes y las misiones iniciadas en todos los siglos. Las posturas y comportamiento, sin embargo, han sido diferentes. Hagamos memoria de algunos datos de los años previos al Concilio y a la etapa postconciliar teniendo en cuenta la común suerte existente entre unidad de la fe y pluralidad de culturas y entre unidad de carisma y pluralismo cultural. No podemos perder de vista que el carisma de un Instituto, vivido en diversas culturas, es un modo preciso de vivir y testimoniar el seguimiento de Jesús; de vivir la fe cristiana según una particular espiritualidad y específica misión.

Hoy hablamos de *inculturación* del Evangelio y de *inculturación* del carisma del Instituto. Pero antes, siguiendo las prestaciones antropológicas, se ha hablado de *enculturación* como proceso por el que los individuos se insertan en sus propias culturas y aprenden sus reglas y se capacitan en ellas. También siguiendo a los antropólogos, se ha hablado de *aculturación* para describir los fenómenos de intercambio o asimilación culturales que se produce en el encuentro de dos grupos de culturas diferentes. La palabra *aculturación* viene a usarse como sinónimo de *socialización* y, en este caso, significa la identificación y la integración de un individuo a una cultura mediante la educación⁴⁴. Los individuos que quieren *aculturarse* intentan compartir el estilo de vida, la comida, el lenguaje y los modos de comportarse de aquellos a los que pertenece la cultura. Muy semejante a *aculturación* es el concepto de *adaptación*, que se comenzó a usar poco antes del Concilio⁴⁵. La palabra *inculturación*, aunque ya era usada hacia los años 30, y más frecuentemente en los años 60, fue en 1974 cuando los Obispos de Asia acuñaron esta palabra para hablar de la evangelización en Asia. La *Evangelii nuntiandi* ha sido considerada como la *Carta de la inculturación*. “El proceso de *inculturación* -entendía la Comisión Teológica internacional- puede definirse como el esfuerzo de la Iglesia por hacer penetrar el mensaje de Cristo en un determinado ambiente sociocultural, llamándolo a crecer en todos sus propios valores desde el momento en que éstos son conciliables con el Evangelio. El término *inculturación* incluye la idea de crecimiento, de enriquecimiento de las personas y de los grupos, por el hecho del encuentro del Evangelio con un ambiente social”⁴⁶. Supone, pues, para la fe y la cultura entrar en un proceso de interacción y asimilación recíproca y crítica entre ellos⁴⁷.

⁴³ Cf. A. PINACHO, *La vida consagrada, puente histórico entre las culturas*. En S. GONZALEZ SILVA (Ed) *Sin fronteras. Vida consagrada y multiculturalidad*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2005, p. 111. M. VAN PARYS, *Sapienter indocti. Moines et cuture dans l'Europe latine*, Vie Consacrée, 70 (1998) 398-413.

⁴⁴ H. CARRIER, *Diccionario de la cultura*. Ed. Verbo Divino, Estella, 1994, p. 16.

⁴⁵ J. NEO, *Inculturación*, en A. APARICIO (Ed) *Suplemento del Diccionario de vida consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2005, p. 496. Cf M. AMALADOSS, *El evangelio al encuentro de las culturas. Pluralidad y Comunión de las Iglesias*. Mensajero, Bilbao, 1998. M. AZEVEDO, *Vivir la fe en un mundo plural. Discrepancias y convergencias*. Verbo Divino, Estella, 1993. M. ZAGO, *L'inculturazione: sfida per la vita consacrata*, en *VitCon* 30 (1994) 331-338.

⁴⁶ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL: *La fe y la inculturación* (1988), n. 11.

⁴⁷ “La *inculturación* –decía el P. Pedro Arrupe- es la penetración de la fe –por la acción animadora del Espíritu- en la vida concreta de los hombres pertenecientes a una cultura afectando sus niveles más profundos de pensamiento, sentimiento y acción. Es obvio que los agentes ideales de la *inculturación* son quienes poseyendo la fe, viven también esa cultura. Si la *inculturación* ha de ser eficaz, ha de realizarse no sólo en estructuras exteriores y formas de expresión, sino en el corazón de cada hombre, es una especie de simbiosis en que fe y herencia cultural se ayudan mutuamente a vivir y desarrollarse”. (...) “La *inculturación* nos plantea una aparente antinomia. Por una parte impulsa a cada pueblo a buscar su *propia identidad*. Y, por otra, presenta a Cristo, “*nuestra paz*” (Ef 2,14) derribando barreras divisorias y realizando la unión entre los pueblos, reconciliando a todos los hombres como hijos del mismo Padre, en una sociedad fraterna donde no sólo se superan las injusticias, sino también los odios y enemistades”. P.

3.2. El progresivo cambio de mentalidad

Por atavismos históricos de una Iglesia monocultural, la relación evangelio y culturas ha abusado -aunque no siempre- de imposición, transportando ritos, costumbres y modos de expresar y vivir la fe. Se ha confundido un modo de vivir el evangelio, arraigado en una cultura, con el Evangelio. En el fondo subyacía la creencia de que la cultura latina o europea era la única verdaderamente válida. Esto se ha achacado durante siglos a la evangelización procedente de Europa, bastante homogenizada y uniformada. Un error por carencia de diálogo adecuado de las culturas entre sí y entre fe y cultura. Y esto mismo ha sucedido en la inculturación de los carismas fundacionales. Los Institutos procedentes de las naciones colonizadoras transmitían la manera de vivir. Se identificaba la fidelidad al carisma con la fidelidad a las costumbres de una cultura concreta en la que había surgido y se había desarrollado.

El cambio de mentalidad producido en el postconcilio se ha debido a factores muy diversos. Uno ha sido la orientación doctrinal del Concilio y del Magisterio de la Iglesia que, sin duda, ha contribuido a hacer ver que la cultura normativa y universal que le era propia ha perdido su hegemonía. Otro ha sido la nueva geografía de la Iglesia católica. Basta comparar el desplazamiento numérico de los católicos en el mundo según continentes. El crecimiento de las comunidades cristianas en América Latina, en África y Asia ha contribuido al aumento de las vocaciones religiosas. Por otro lado, los Institutos de misiones extranjeras, que hasta poco antes del Concilio habían encauzado las vocaciones al clero de las Iglesias particulares nacientes, comienzan a acoger vocaciones en sus propios centros formativos. Y los Institutos que se empeñaron en su misión evangelizadora en los continentes de América, Asia y África, se vieron bendecidos con muchas vocaciones. Hoy, como es obvio, podemos apreciar cómo bastantes Gobiernos Generales están compuestos por miembros de distintos países y culturas diversas y en no pocos Institutos los centros de formación y buen número de sus comunidades están integradas por religiosos o religiosas de distintas culturas.

En el *Instrumentum laboris* del Sínodo sobre la vida consagrada se dice: “el proceso de inculturación se inspira en la revelación. A imitación de Cristo, que ha asumido la naturaleza humana, la vida consagrada debe cumplir un camino de acercamiento a las culturas para acoger los valores, para extenderse y dar frutos nuevos. De este modo podrá hacer brillar en todas las naciones el misterio de Cristo «en quien están encerrados todos los tesoros del saber y el conocer» (Col 2, 3). El proceso de inculturación debe llevarse a cabo en la línea de la «kenosis» (cf. Fil 2, 7) de Jesucristo hasta el don de la vida, de modo que, saliendo al encuentro de las personas, diversas por cultura y mentalidad, con amor y respeto, pueda llevarseles el anuncio del Evangelio, que es salvación para todos. Es misión primordial proclamar el Evangelio de la salvación en otras civilizaciones y culturas, presentándolo en su radicalismo, proponiendo odres nuevos cuando los viejos no son capaces de contener el vino nuevo (cf. Mt 9, 17)”⁴⁸.

ARRUPE, *Aspectos y tensiones de la inculturación*, en “Iglesia de hoy y del futuro”, Mensajero, Bilbao, 1982, p.256 y 257.

⁴⁸ SINODO DE LOS OBISPOS, IX Asamblea General ordinaria: *La vida consagrada y su función en la Iglesia y en el mundo*, Instrumentum laboris, n.93.(Es de observar que en el título aparece la palabra *función* en lugar de *misión*, como debía haber sido y luego apareció en la *Vita Consecrata*).

3.3. *La multiculturalidad es fruto de una confluencia de hechos*

La actual preocupación por la inculturación de la fe y del carisma surge en medio de una confluencia de fuerzas que resalta el pluralismo y marca la condición de la multiculturalidad en la que se desenvuelve nuestro mundo. Para explicar esta sociedad planetaria de la diferencia, pluralista y multicultural, que, si quiere superar los conflictos, las confrontaciones y los fundamentalismos y desea vivir en paz, ha de promover y fomentar la receptividad, el diálogo, la reciprocidad y la solidaridad, no es fácil determinar una sola causa o unas pocas causas. Enumeremos algunos hechos que, indiscutiblemente, se interrelacionan entre sí⁴⁹.

-Las corrientes de pensamiento que han valorado, primordialmente, la diferencia sobre la identidad cerrada y sin fisuras.

-El reconocimiento de los derechos humanos a nivel internacional y de los derechos sociales y culturales de todos los pueblos.

-La aparición de las ciencias antropológico-sociales y los nuevos sistemas educativos de reculturización de las masas populares.

-La emancipación de los pueblos, la descolonización y el afán de enaltecer el patrimonio cultural.

-Los desequilibrios sociales, las masas empobrecidas y los bienes en manos de pocos.

-Los movimientos a favor de la mujer y cuanto se ha dado en llamar cultura del género.

-La desaparición de las fronteras y el proceso de globalización con todos los intercambios que conlleva, particularmente en el área del mercado.

-Las grandes migraciones y las consecuencias que conllevan para los grupos étnicos, lingüísticos, religiosos.

-La magnificación de la propia cultura, de su moral, de sus tradiciones, de su religión, como superiores a las de cualquier otro pueblo y el expansionismo de origen religioso.

Estos y otros factores, que se hallan implicados o se relacionan colateralmente, tienen signos ambivalentes. La complejidad del escenario en que nos toca vivir es notoria y comprobamos en todos los ámbitos y niveles contrastes. Nos movemos entre la mundialización y la afirmación de particularidades. Son oportunidades para el enriquecimiento y son, también, fuentes de conflictos.

Quienes nos hallamos en Europa hemos de contar con el cambio producido en nuestra sociedad, en la que ya no se identifican cultura y fe. La sociedad europea se ha secularizado notoriamente y es real y profundo el divorcio entre fe y cultura⁵⁰.

En este contexto se ha de realizar hoy la inculturación del Evangelio y de los carismas de la vida consagrada, que no puede ser sino a través de una auténtica dinámica de diálogo transformador.

⁴⁹ D. Vallescar hace un elenco descriptivo en *Conocimiento de la interculturalidad*, en *Diálogo Filosófico*, n. 51 (2002), p.388. Cf. F. CAMBI, *Intercultura: fondamenti pedagogici*, Carocci editore, Roma, 2ªed. 2004. Cf D. SALGADO, *l.c.* pp. 545-587, sobre todo, pp. 560-561.

⁵⁰ Una invitación a meditar sobre esta situación la encontramos en J. RATZINGER, *El cristianismo en la crisis de Europa*, Ed. Cristiandad, Madrid 2005. Véanse las páginas dedicadas a “Reflexiones sobre culturas que hoy se contraponen”, pp. 23-35.

3.4. Cuestionamientos a los Institutos de vida consagrada

Volvamos la mirada a la vida consagrada, pero teniendo como trasfondo cuanto hemos dicho⁵¹.

La multiculturalidad en nuestra sociedad y en el interior de los Institutos nos hace a los consagrados interpelaciones en una doble dirección. Hacia la misión del Instituto en lugares, sociedades o grupos en las que tiene que evangelizar y que están integradas por hombres y mujeres de distintas culturas. Y hacia el interior del mismo Instituto que constata la presencia y la interacción de personas y de grupos que pertenecen a diversas culturas. Estas interpelaciones no hay que verlas como amenazas. Ya hemos dicho que la multiculturalidad es un don y una tarea; es un verdadero desafío y, por lo mismo, un fenómeno que estimula, hace pensar, revisar y reorientar la vida y la misión. Lo cual quiere decir que no conviene quedarse en aspectos, que, aun siendo urgentes, no son los más importantes.

1) *El modo de ejercer la misión se halla en permanente revisión.* A veces damos la impresión de que la inculturación del evangelio es una iniciativa nuestra. Tenemos un modo de ver, de pensar, de sentir y de expresarnos que arranca del convencimiento de que la misión que se nos ha confiado en la Iglesia según el propio carisma nos hace portadores de valores que hemos de comunicar y compartir sin reparar en los valores propios de los destinatarios de nuestra misión. Por eso, desde la cultura en la que evangelizamos nos pueden seguir preguntando si transmitimos una cosmovisión cristiana y válida para todas las culturas o somos simples portadores de formas de ver y de vivir del país de origen o del país donde hemos sido formados. ¿De verdad dejamos actuar al Espíritu que es quien, como en Pentecostés, lleva la iniciativa y derrama sus dones sobre los pueblos y los congrega para alabanza de Dios Padre o somos nosotros los que, habiéndonos identificado con valores de un territorio, los queremos universalizar?⁵² La tentación de la colonización es inherente a la naturaleza humana que quiere hacer prevalecer lo suyo sobre los demás.

Otros cuestionamientos a la misión de los religiosos pueden ser: sobre la capacidad de cordial acogida de la novedad que supone la nueva cultura, el conocimiento de la historia, de los simbolismos, del lenguaje y de las costumbres, etc.; sobre la preparación para el intercambio entre agentes y destinatarios de la inculturación que suponen actitudes de fidelidad y discernimiento, conversión y transformación, innovación y crecimiento; sobre la entrega plena para que la inculturación sea auténtica y logre que la fe se haga cultura, es decir, plenamente recibida, enteramente pensada y fielmente vivida⁵³; sobre si se está tomando la misión como tarea provisional, lo cual ni favorece a la inculturación del Evangelio ni a la inculturación de los carismas fundacionales.

2) *Las diferencias en los Institutos y comunidades religiosas.* La antropología cultural señala como núcleos de generación y vivencia de la diferencia estos cinco

⁵¹ Dejamos de lado los desafíos que experimenta la vida religiosa allí donde la cultura del pueblo en el que evangeliza es homogénea.

⁵² Cf S. RECCHI, *La vie consacrée à la rencontre des cultures*, Vie consacrée, 70 (1998) 176-186.

⁵³ Juan Pablo II, en carta al Secretario de Estado, (20-IV-1982) dijo: “Una fe que no se hace cultura es una fe que no fue plenamente recibida, no es enteramente pensada, ni fielmente vivida”.

núcleos: masculino/femenino, nosotros/ellos, conflicto y violencia/ Norte/Sur, lo particular/lo universal⁵⁴. Como en cualquier grupo humano, cada uno de estos núcleos es fuente de conflictos. Pero no es el caso de entrar a examinarlos. Fijemos la atención solo en algunos aspectos de nuestra experiencia de vida religiosa.

El nuevo rostro de los Institutos religiosos y, en concreto, de sus comunidades, pasado un primer momento de entusiasmo, obliga a revisar la comprensión del patrimonio espiritual, el modo de ejercer la misión, el estilo de vida y las estructuras de gobierno, de formación y de gestión de los bienes temporales. El P. Josu M. Alday, Director del Instituto de vida consagrada de Roma, ha escrito un libro, para uso de los alumnos, con este título: *Cuando los Institutos religiosos llegan a ser internacionales*. Y ha puesto, con acierto, este subtítulo: *Del entusiasmo carismático al aprendizaje intercultural*. Efectivamente, las diferencias obligan a considerar que una cosa es haber logrado que los Institutos se hayan hecho presentes en muchos países y otra que el Instituto viva la interculturalidad. No es lo mismo tener capacidad para estar en distintos países y culturas que para vivir la interculturalidad y encarnar el carisma. Un Instituto no es internacional por estar en muchas naciones, ni siquiera por tener vocaciones de todos los continentes, sino por entrar en una red de relaciones de intercambio e integración de culturas, de historias, de sensibilidades, de símbolos, de costumbres, de experiencia de pertenencia, etc., que imprimen un dinamismo internacional al carisma fundacional.

De todos modos, es oportuno observar que hoy en la Iglesia tenemos muchos Institutos y Movimientos, que han surgido en el inmediato postconcilio, que han deslumbrado por la universalidad adquirida. Recordando el clásico principio “*una natura et plura cultura*”, tenemos que pensar que, no sólo a nivel teológico la vida cristiana lleva en sí una referencia de universalidad, sino que la naturaleza humana también comporta en sí misma y es capaz de acoger y realizarse en lo diverso.

Si bien en tiempos pasados éramos los europeos los que íbamos a las misiones, hoy son sacerdotes, religiosos y religiosas de otros continentes los que vienen a Europa. Y se encuentran con un problema difícil de asimilar. Los misioneros que partieron del continente europeo procedían de familias y de contextos sociales cristianos. Los que llegan hoy a nuestro continente lo hallan secularizado y con un extremado culto al individuo.

Las diferencias de procedencia y de cultura suscitan, no pocas veces, prejuicios, sospechas, reticencias, desentendimientos, etc. Hacen patente la diversidad de gustos ante las comidas, los vestidos, las músicas, las celebraciones, la ornamentación etc. Aparecen problemas de convivencia, de adaptación, de inconformidad con la formación, con el modo de vivir la castidad, la pobreza, la obediencia, la comunidad, la relación con la familia. Es obligado revisar todas las actitudes que crea la cultura dominante frente a las otras culturas y se ha de abolir todo complejo, tanto de superioridad como de inferioridad que a veces provocan –de forma inconsciente– desprecio y compasión o autodefensa y agresividad. Igualmente se ha de hacer un examen crítico de las mayorías y de las minorías. De hecho, ya ha habido Institutos que han dado pasos para incorporar en las Constituciones y Directorios la experiencia pluricultural y teniendo en cuenta los contextos de los diversos continentes; para ofrecer una más adecuada organización y

⁵⁴ Cf X. ETXEBERRÍA, *Ética de la diferencia*, Universidad de Deusto, Bilbao, 2ª ed. 2000. Sobre los conflictos en la comunidad multicultural, cf J.M. ALDAY, *o.c.* pp. 85-92.

ubicación de la formación; para concordar el uso de las lenguas oficiales; para establecer cauces de participación en el gobierno y de la representación en los capítulos y en otros órganos de decisión; para lograr mayor corresponsabilidad en el área de la economía y gestión de los bienes y, de modo especial, para que los miembros se hallen convenientemente capacitados en el ejercicio del ministerio en los nuevos contextos.

3) *El cuestionamiento más radical.* Todos estos aspectos son muy dignos de ser tenidos en cuenta y se presentan hoy como asuntos urgentes que resolver en el interior de los Institutos. Sin embargo, no se arreglan simplemente con gestos de cortesía ni dando normas y orientaciones sobre ellos. La multiculturalidad cuestiona a los Institutos en algo más nuclear, de lo que los problemas aludidos no son más que expresiones. Cuestiona la comprensión y vivencia de su identidad carismática, que es la fuerza aglutinante de todos los otros aspectos enumerados y la forma de entender la pertenencia. Sobre todo, cuestiona, la actitud con la que nos presentamos ante las diversas culturas, el testimonio que damos y los valores que proponemos. La comunidad religiosa pluricultural está emplazada a ofrecer el signo inequívoco del amor fraterno por encima de razas, pueblos, lenguas, ritos, etc. Y ese amor arranca de una experiencia inconfundible e incangeable de la razón por la que estos hermanos o hermanas están juntas y comparten un mismo proyecto de vida.

Existen en el momento actual corrientes de pensamiento⁵⁵, de opinión, de expresión artística, de conducta, etc, cuya intención, más o menos explícita, es acabar con todo lo que puede significar la identidad, porque consideran que todo lo que suene a esta palabra comporta dogmatismo, autoritarismo e intolerancia. No les falta razón cuando combaten ese tipo de identidad simplista o simplificada que acaba por ser fanática o fundamentalista y que da forma a grupos cerrados, demasiado homogéneos y bloqueados por el estrecho horizonte de su pequeño mundo. Pero se puede pensar en otro tipo de identidad abierta y compleja, siempre en proceso de identificación. Hay que estar de sobre aviso porque, cuando se cuestiona toda identidad, queda vaporizada la pertenencia y quedan destruidos los vínculos que interrelacionan a las personas entre sí y con el grupo. En definitiva, se destruye al sujeto. Hoy se magnifica el pluralismo y, tal vez sin querer, se pone pedestal al imperio de la globalización que arrasa con las diferencias. Se desemboca así en el multiculturalismo que, en la mayor parte de los casos, es un mero *proyecto ideológico* en busca de un nuevo modelo de sociedad basado en el pluralismo sin restricciones⁵⁶. No es fácil la vida en un mundo complejo, en el que todo está en red y cuyos agujeros dejan entrever los riesgos, las ansiedades, la inseguridad. Si queremos abrirnos a horizontes de sentido, que los hay, necesitamos recuperar la lucidez y la audacia del pensamiento y de la libertad responsable. No somos masa, sino pueblo; no somos productos, sino personas. Hay que atreverse a ser diferentes y defenderse de la confusión o de la mezcla en la que nada se distingue.

Es cierto, y hay que asumirlo como una tarea indeclinable, que debemos repensar y regenerar la identidad desde la alteridad y la correlación, desde el diálogo y

⁵⁵ Entre otros, Michel Foucault, Jacques Lacan, Jacques Derrida, etc.

⁵⁶ Sobre posiciones en torno al multiculturalismo, cf G. SARTORI, *Pluralismo, multiculturalismo e estranei. Saggio sulla società multi-etnica*, Rizzoli, Milano, 2000. D. DE VALLESCAR, *Cultura, multiculturalismo e interculturalidad*, El Perpetuo Socorro, Madrid, 2000, pp. 117-180. G. MALGESINI-C. GIMENEZ, *Guía de conceptos sobre migraciones, racismo e interculturalidad*, Catarata, Madrid, 2000, 291-297.

el intercambio, pero sin doblegarnos a la crítica negativa de ciertos pensadores que acaban en el nivelacionismo, en la irrelevancia y en el relativismo ético.

Afirmar la cultura congregacional, con identidad propia, siempre abierta, adaptable, creativa, es proponer una referencia crítica a otros grupos culturales. El aporte que cada cultura congregacional hace al gran escenario de las culturas es el ofrecimiento de una visión del mundo desde el proyecto del Reino inaugurado por Jesús, siguiendo el ideal de vida de nuestros Fundadores. En el banquete de este Reino se da el “*convivium*” de las diferencias. Tanto si vienen del Oriente como del Occidente, del Norte o del Sur, todos, también los últimos, se sientan a la mesa y comparten el pan.

II. Acreditar y hacer operativa la cultura congregacional

Acreditar y hacer operativa la cultura congregacional son dos aspectos inseparables y comportan recorrer el camino de la interculturalidad. La cultura congregacional se da allí donde se hace cultura congregacional; es decir, donde las personas, los grupos, no sólo mantienen sus identidades sino donde se van *identificando*. Como bien ha dicho Gerd Baumann: “Todas las identidades son identificaciones, todas las identificaciones son dialogísticas y todos los intentos de conseguir un sueño común son prácticos”⁵⁷.

En una situación plural, como la que viven nuestros Institutos, no es suficiente *declarar* que existe una cultura congregacional, sino que es preciso afirmarla y configurarla de forma *efectiva*, implicando a todos los miembros del Instituto responsable y creativamente. La credibilidad de una cultura congregacional, conforme ya se ha indicado, pasa por la afirmación abierta, dinámica, de interrelación, del carisma fundacional por parte de las personas que integran el Instituto que buscan el despliegue pleno de todas sus virtualidades. Esto supone, en primer lugar, sostener algunas primacías o valores centrales de la vida consagrada que son irrenunciables en todos los ámbitos culturales.

1. Primacías que acreditan la cultura congregacional

En la enumeración y descripción de las mismas puede advertirse que se hallan formando un todo y que reflejan los puntos centrales del proyecto de vida de un Instituto. Son, pues, difícilmente separables.

1. Comienzo señalando la consideración positiva de cada *persona*, imagen del Dios Trino. Cuando se la ve como un don, como un regalo, se llega a entender la riqueza que supone el intercambio de dones que aportan quienes pertenecen a diversas culturas. Subrayando su dimensión relacional y dinamismo de crecimiento dentro de una cultura podemos apreciar cómo se constituye el “nosotros” de la comunidad humana, cristiana y religiosa. Nuestro “nosotros” es reflejo del “Nosotros” trinitario. En la vida religiosa, por ser una forma de vida cristiana, el “nosotros” es el eje articulador de todo nuestro proyecto de convivencia y de trabajo apostólico. Como bien se ha

⁵⁷ G. BAUMANN *El enigma multicultural*. Paidós, Barcelona, 2001,168-169.

dicho: “Lo decisivo en la cultura no es producir obras de arte, de literatura, de ingeniería o de alta filosofía que nos permitan vivir experiencias de impresionante belleza o de adentramiento en el secreto de la realidad. Lo decisivo es crear formas de relación valiosas”⁵⁸. Los mayores tesoros los encontramos en nosotros mismos y en la relación con los otros. Por eso, es legítimo preguntarse y responderse, como hace José M. Esquirol: “Tiene algo que ver la extrañeza de uno mismo con el conocimiento de una cultura ajena?, ¿puede la propia experiencia de soledad y vacío servir de ‘puente intercultural’?, ¿por qué el autoexamen y la actitud crítica pueden considerarse como la mejor ética intercultural?”⁵⁹ Cuando digo que hay que dar primacía a cada persona me refiero a uno mismo y al otro. A veces el otro nos parece extraño porque nosotros somos también extraños para nosotros mismos. “Desde la superficie de lo propio no es posible descubrir ningún mundo ni cultura extraña: sólo desde las profundidades de uno mismo se abren también las de los demás”⁶⁰.

2. Cuando se habla de interculturalidad, tanto en la Iglesia como en la vida religiosa, no se parte de una visión autónoma del mundo, de la persona y de la cultura⁶¹. Los cristianos, los consagrados, nos hallamos enraizados en Cristo Jesús (cf Col 2, 7). En él fueron creadas todas las cosas (cf Jn. 1, 3) y en él nos movemos, existimos y somos (cf. Hech. 17, 24-28). Las personas de distintas culturas que integran un Instituto han sido agraciadas con una misma vocación y misión que trasciende lugares, contextos, costumbres, etc. Parten de una herencia recibida con una encomienda: hacerla fructificar. De ahí que deba prestarse primordial atención, darle primacía, al *seguimiento de Jesús obediente, pobre y virgen*, según el carisma del Fundador o de la Fundadora, y, por lo tanto, reviviendo el modo de existir de Jesús entre los hombres⁶².

3. La *apertura y docilidad al Espíritu de Pentecostés*, que sigue actuando en la Iglesia y en el mundo y continúa dispensando sus dones para común utilidad. Volver una y otra vez a Pentecostés, a las Iglesias primitivas en las que el Espíritu se manifestaba con su fuerza convocante y reúne a los elegidos de distintas razas, pueblos y culturas (cf Hech 2, 6-11). El Espíritu actúa siempre a favor de la unidad, no de la uniformidad, de la Iglesia y del Instituto. Hace converger a todos, en armonía, hacia la causa del Evangelio; a la persona de Jesús⁶³. San Pablo vincula la acción del Espíritu en la Iglesia al reconocimiento de la unidad y la diversidad: “Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; diferentes modos de acción, pero un mismo Dios que actúa todo en todos” (1 Co 12, 4-6). Y, en medio de la diversidad, hace patente la primacía de la caridad (cf 1 Co 13).

⁵⁸ LOPEZ QUINTÁS, Alfonso, *El carácter relacional de la creatividad humana*. Estudios Trinitarios, 38 (2003) 411-412.

⁵⁹ J.M. ESQUIROL, *Uno mismo y los otros. De las experiencias existenciales a la interculturalidad*. Herder, Barcelona, 2005, p. 9. El autor va contestando a estas preguntas en los capítulos del libro.

⁶⁰ Id. Ib, p. 157. Esquirol refiere estas palabras de B. Waldenfels: “Quien no comprende la extrañeza de sí mismo, encuentra en todas partes de nuevo solamente lo mismo y a sí mismo, por muchos países y mares que recorra”. Cf pp. 156-157.

⁶¹ El pensamiento postmoderno ha seguido acentuando la autonomía de la naturaleza, de la subjetividad personal y de la cultura. El mundo dejó de ser creación y se convirtió en naturaleza; el hombre se ha hecho dueño de la misma y se realiza proyectando la cultura. Mundo, persona y cultura quedan circunscritos al ámbito de la immanencia.

⁶² Cf VC 22.

⁶³ Cf F. R. CARRARO, *Dire i doni dello Spirito nella multiculturalità*. En AA.VV. A quarant’anni dal Concilio. Sesto forum progetto culturale della CEI, EDB, Bologna, 2005, p.310.

4. *La eclesialidad* es otra de las primacías que hay que sostener para verificar la cultura congregacional. Un Instituto hace cultura dentro de la Iglesia, con la Iglesia y a favor de la Iglesia. Sus creencias y símbolos, sus sacramentos, sus celebraciones, sus prácticas han de reflejar el sentir y actuar según la Iglesia. Si la vida consagrada ha sido definida como “*memoria Jesu*”, su cultura ha de ser signo y esplendor de la Iglesia resaltando y apostando por los valores del Evangelio, comprometiéndose en todas las causas que hacen resplandecer la dignidad del hombre, promoviendo la vida, la paz y la justicia, estando cerca de los marginados y excluidos.

5. En conexión con estas primacías está la *fidelidad creativa al carisma fundacional*. Recuerdo aquellas palabras lapidarias de Juan Pablo II: “*El Espíritu Santo, que ha suscitado el carisma de la vida religiosa en la Iglesia y que ha suscitado también el carisma de cada uno de los Institutos, dará luz y creatividad para saber encarnarlo en nuevos valores y situaciones inéditas, con la carga de novedad evangélica que posee cada carisma, animado por el Espíritu*”⁶⁴. El carisma del Instituto, por ser don del Espíritu, no sólo se mantiene abierto a nuevos modos de presencia en el mundo, en los pueblos y en las culturas, sino que desarrolla y presta un servicio innovador en las relaciones con la naturaleza, con los semejantes y con Dios; en la comprensión de la mujer y su papel en la sociedad y en la Iglesia; en el uso del tiempo y de la libertad; en la vivencia de la pobreza, la castidad y la obediencia; en las relaciones fraternas y con la familia; en la acogida, en el estrechar vínculos, en el tender puentes, en traspasar fronteras, en integrar lo diverso, etc. Y también una función crítica y purificadora de las expresiones, símbolos y costumbres culturales que puedan ser incompatibles con el Evangelio. La fidelidad creativa lleva dentro de sí el anhelo de búsqueda, de oportunidad, de compromiso con los valores del Reino y, como consecuencia, el abandono de cuantas estructuras puedan ser obstáculo de su implantación.

6. También señalaría como primacía el *diálogo*, no tanto como un modo de colokuar, sino como forma de ser. El diálogo es el itinerario que se ha de recorrer para entrar en comunión con el otro. El diálogo es expresión de la relación que Dios mantiene con el hombre en su Hijo, Palabra de vida. La persona constitutivamente está habilitada para dialogar, para acoger y ofrecer, para escuchar y hablar según verdad. Así, en el intercambio, va ensanchando su interior. El diálogo es constitutivo en la afirmación de la cultura pues ésta sólo se define en relación con el otro y como respuesta al otro. De ahí que dar primacía al diálogo es mantenerse, tanto personas como comunidades, abiertas y oferentes, receptivas y agradecidas ante y con todo lo nuevo que puede ir apareciendo. El diálogo abierto, sincero y auténtico, permite entrever el peso y fuerza de las vivencias de procesos personales y de los pueblos en su historia. Dar la primacía al diálogo es, en definitiva, apoyar el espíritu

Estas primacías son irrenunciables para la cultura congregacional de un Instituto que está integrado por miembros de distintas procedencias culturales. La cultura congregacional se afirma en los núcleos esenciales y se recrea con el intercambio de los dones que ofrecen cada uno de sus miembros. Por eso, un mismo carisma puede cristalizar y ser vivido con estilos diferentes en las distintas culturas⁶⁵. El Instituto

⁶⁴ Juan Pablo II, *Discurso a las religiosas de Centroamérica*, en San José de Costa Rica, el 3 de marzo de 1983.

⁶⁵ Cf. SINODO DE LOS OBISPOS, IX Asamblea General ordinaria: *La vida consagrada y su función en la Iglesia y en el mundo*, Instrumentum laboris, n.93..

mantiene su unidad en la pluralidad y ofrece a la Iglesia y al mundo la novedad de su peculiar relectura de la vida cristiana y evangélica y de los signos de los tiempos.

2. Condiciones para hacer operativa la cultura congregacional

La cultura congregacional comporta un proceso en el que se pueden distinguir tres momentos: a) la tendencia a la transformación y la humanización de la realidad; b) la apropiación colectiva de ideas, símbolos, normas de conducta, etc., a las que se las otorga validez objetiva; c) la interiorización y socialización de los contenidos.

A poco que se examine este proceso operativo, veremos que hay tres condiciones indispensables para poder decir que se mantiene viva la cultura congregacional: El encuentro personal, la responsabilidad ética y recrear la pertenencia. Tres condiciones que van unidas, no yuxtapuestas, y que permiten entrever el progresivo crecimiento de la cultura en un Instituto.

2.1. Encuentro personal y reciprocidad

En el encuentro personal quedan valorizadas las relaciones y se produce la auténtica reciprocidad. La persona es ser relacional y su *urdimbre afectiva* está toda ella orientada al encuentro con sus semejantes. *El hombre*, por naturaleza, es *ser de encuentro* y se realiza a través de los diversos encuentros⁶⁶. Influidos los unos en los otros, mutuamente, a través de expresiones, intercambios, decisiones. El encuentro personal va más allá del conocimiento; busca la empatía, que implica la esfera afectiva y pasa por la escucha, la acogida, el respeto, la estima, el aprecio, la tendencia al compartir. El encuentro tiene sus exigencias. “El entreveramiento -de las distintas actividades- exige apertura de espíritu, disponibilidad, sencillez, humildad, voluntad de colaboración, generosidad, veracidad... Si me manifiesto como no soy, despierto en tu ánimo un sentimiento de desconfianza hacia mí y una actitud de retraimiento. (...) Para encontrarnos debemos poner en juego todas las actitudes espirituales que hacen posible la fundación de un modo elevado de unidad. Esas actitudes tienen una *fuerza creadora* singular. Con razón, de antiguo se les denomina ‘virtudes’. Las virtudes no constituyen un lujo que se permiten ciertas almas que desean hacerse ‘bellas’. Son el fundamento ineludible de toda actividad humana creadora”⁶⁷.

Ramón Panikkar habla de cinco momentos en el encuentro entre personas de distintas culturas: a) Aislamiento e ignorancia, b) Indiferencia y desprecio, c) Condena y conquista, d) Coexistencia y comunicación, e) Convergencia y diálogo⁶⁸. Es obvio que el encuentro, como condición para hacer cultura congregacional, tiene que abolir los malentendidos y lograr la comprensión interpersonal. Sólo así se forma un “nosotros” capaz de conjugar los verbos de la vida y de la misión del Instituto.

⁶⁶ Cf J. ROF CARBALLO, *El hombre como encuentro*, Alfaguara, Madrid, 1973. En 1966 P. LAÍN ENTRALGO había hecho amplio estudio sobre el encuentro en *Teoría y realidad del otro*. Revista de occidente, Madrid. Últimamente han vuelto sobre el tema: A. LÓPEZ QUINTAS, *El encuentro y la plenitud de la vida espiritual*, Publicaciones Claretianas, 1990. *La cultura y el sentido de la vida*, PPC, Madrid, 1993. G. CICHESSE, *I percorsi dell'altro. Antropología e storia*, Città Nuova, Roma, 1999. A. CENCINI, *Relacionarse para compartir, El futuro de la vida consagrada*. Sal Terrae, Santander, 2001.

⁶⁷ A. LÓPEZ QUINTÁS, *La cultura y el sentido de la vida*, p16.

⁶⁸ Cf R. PANIKKAR, *Paz e interculturalidad. Una reflexión filosófica*, Herder, Barcelona, 2006, 37-38.

Cuando el encuentro de personas de distintas culturas es positivo se produce el intercambio de actitudes de confianza y generosidad, se hace patente la libertad interior, aumenta el deseo de comunicarse, se hace fluida la información, se reafirma lo que es común y se respeta lo diferente. El encuentro positivo conduce a la serena confrontación y a la purificación y clarificación de las propias vivencias; propicia la celebración, la fiesta y el júbilo. En una comunidad religiosa, donde se hace realidad el encuentro de personas de distintas culturas, brota espontáneamente el gozo de la coincidencia en las mismas raíces, se reafirma la belleza de la propia identidad, se aprecia como riqueza toda variedad de expresiones. Se acaba aceptando lo plural y se inicia la ampliación de horizontes y proyectos. Se va, por supuesto, más allá de la mera curiosidad, de lo exótico y del folklore.

Por el contrario, las relaciones superficiales o meramente funcionales, el objetivismo y la falta de comunicación, aumentan las distancias, suscitan las sospechas y ahondan los prejuicios. “Los prejuicios actúan como lentes deformantes que impiden un conocimiento real de las personas. Es necesario ser muy conscientes de los propios mecanismos para quitarse esas lentes y mirar al otro con objetividad. Cada persona es un absoluto al que hay que acercarse de manera original, libre de esquemas preconcebidos. Es necesario entenderla desde sí misma, mirarla con sus propios ojos para sintonizar con ella e intuir las razones profundas que explican su forma de ser y de actuar. Debemos ser capaces de alzar los ojos hacia el ‘rostro del otro’ para ‘descubrirlo’, al tiempo que nos dejamos interrogar por su mirada”⁶⁹.

La superación de los prejuicios, que es una de las más urgentes necesidades que experimenta la multiculturalidad en los Institutos religiosos, es un quehacer arduo y tenaz. No es tan fácil situarse correctamente ante quien viene de otro país, que habla distinta lengua, que tiene muy diversa sensibilidad, que ha vivido otras experiencias y tiene una historia cargada de mensajes y referencias, a veces contradictorias con las nuestras. Esto obliga a una *conversión* seria hacia el otro⁷⁰, hacia el extranjero, hacia el de otra cultura. En estos tiempos de indiferencia y desdén hacia el otro, de excesivo egocentrismo y de continua evasión, es preciso cambiar el modo de ver, de pensar, de sentir, de relacionarse. Hemos de adentrarnos en un pensamiento nuevo.

Hace unos años se publicó en Italia, la obra de Giorgio dal Fiume: *Educare alla differenza*. La presentación del libro era de Antonio Nanni, gran experto en interculturalidad. Al final de la presentación decía que, para llevar adelante una educación plural y democrática, se necesita un pensamiento nuevo. La escuela ofrece saberes parcializados. Domina aún la lógica de la separación y no la de la interconexión. El pensamiento nuevo ha de ser plural, complejo, ecológico, sistemático y no sólo binario o lineal. Habrían de ser superados los esquemas mentales: *causal* (causa/efecto), *lineal* (que no prevé la discontinuidad), *evolutivo* (si viene después, es mejor), *jerárquico* (superior/inferior), *opositivo* (aut-aut, tertium non datur) que caracteriza al pensamiento replicante y casi único, y *nosotros-centro* (nosotros-ellos). Se precisa recurrir al descentramiento que nos sitúa en una perspectiva diversa, en la que somos vistos desde los otros. Habitar en el pluriverso es vivir la propia identidad no desde la

⁶⁹ MISONEEROS COMBONIANOS, *La interculturalidad en la comunidad comboniana*. Circular del Gobierno General, Roma, 1999, n. 53.

⁷⁰ A. CENCINI, *Relacionarse para compartir*, p. 46 y ss. Edgar Morin ha escrito: “Pero la belleza del amor, es la interpretación de la verdad del otro en uno, de la de uno en la del otro, es encontrar su propia verdad a través de la alteridad” *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona, 1994.

separación, sino desde la dinámica dialógica, que es el presupuesto de una comunidad plural. Esta orientación pedagógica tiene como base el carácter relacional de la persona⁷¹.

Más aún. El diálogo intercultural implica todo nuestro ser y requiere tanto un corazón puro como una mente abierta⁷². Es preciso empeñarse por evitar generalizaciones y romper etiquetas, clichés o tópicos, en torno a la cultura del otro, que suelen cifrarse en torno a la lengua, a la comida, al vestido, a uso del tiempo, al trabajo, a los modales. Y en este sentido es importante subrayar el papel del diálogo, del que he hablado anteriormente como una primacía fundamental en la acreditación de la cultura congregacional. Las características del diálogo, según F. Rosenzweig, son su *temporalidad*, su *dependencia del otro* y su *capacidad creativa*⁷³. El diálogo implica tiempo, esfuerzo y perseverancia. Más aún, si queremos lograr un verdadero diálogo intercultural es preciso “reconocer el derecho de cada cultura y de las personas de las diferentes culturas a participar en aquellos diálogos sobre normas y sobre instituciones que las afecten. También se tratará de exigir que se cumplan condiciones para que el dialogo se produzca en condiciones de simetría: de exigir que lo que se diga se argumente y persiga normas universalizables y de evitar, en definitiva, la toma de decisiones arbitrarias, parciales, unilaterales y dogmáticas”⁷⁴. Lo cual conlleva que nuestros Institutos cuiden las relaciones positivas y potencien los cauces participativos a través de los cuales pueda emerger la creatividad que procede de las diferencias culturales.

2.2. Responsabilidad ética

Toda Congregación que quiera hacer progresar su cultura congregacional tiene que aprestarse a recorrer el itinerario de una ética responsable. Ha de colocarse ante lo diverso, ante las personas de otras culturas, desde la gratuidad, contando con la herencia recibida, y responder con generosidad.

No basta superar los conflictos y desigualdades ni abolir las imposiciones de la cultura dominante, muy común en los Institutos que se han desarrollado en el país o en el área geográfica de la fundación. Esto es obvio que se haga desde la más elemental justicia.

No logramos la comunión, fundamento de toda cultura congregacional, a base de consensuar unos valores mínimos o de configurar una propuesta de cultura globalizada, de homogenizar las diferencias, de uniformar los rasgos propios, o de nivelar las exigencias que brotan de una u otra cultura. La comunión es un don que hay que pedir y que hay que trabajar haciendo converger las diversas originalidades que cualifican a cada grupo cultural. El proceso de convergencia pide romper todo sistema defensivo y renunciar al egocentrismo, al aislamiento y a la contraposición y entrar en la dinámica del intercambio y de la complementariedad.

⁷¹ Cf G. DAL FIUME, *Educare alla differenza. La dimensione interculturale nell'educazione degli adulti*, EMI, Bologna, 2000.

⁷² Cf R. PANIKKAR, *Paz e interculturalidad. Una reflexión filosófica*. Herder. Barcelona, 2006, p. 57

⁷³ Citado por J. M. ESQUIROL, *o.c.*, pp 70-71.

⁷⁴ J. M. ESQUIROL, *o.c.* p. 80.

Les hará bien a los Institutos religiosos estudiar más los dinamismos antropológicos y sociales que entrecruzan la vida de los grupos de culturas diversas e iluminarlos desde la moral cristiana. “Cuando tras su recorrido por las problemáticas relaciones entre “nosotros” y “los otros”, Todorov se hace la pregunta ética decisiva ‘¿cómo debemos comportarnos con los otros?’, se responde: ‘La primera lección aprendida consiste en la renuncia a fundar nuestros razonamientos sobre una distinción como ésta’. A los juicios que se basan en la distinción puramente relativa entre los que pertenecen y los que no pertenecen a mi grupo, debe sustituirles un juicio fundado en principios éticos universales”⁷⁵. Ninguna persona, ninguna cultura, puede hacerse por sí misma. Todos necesitamos de los demás para hacernos⁷⁶. Por eso, categorías como acogida, respeto, tolerancia, no discriminación, reconocimiento...⁷⁷, son referencias obligadas en un comportamiento ético que, en nuestra vida religiosa, se plantean desde el mandamiento del amor y desde la experiencia carismática y cobran valor de signo y de fuerza de crecimiento personal, comunitario y eclesial.

Nunca “el otro”, esto es, quien presenta otra cosmovisión y otra forma de pensar y vivir, nos deja indiferentes. De hecho, nos pide que expliquemos o demos cuenta de nuestro mundo y de nuestra forma de vivir. Es decir, el encuentro con el otro inicia una dinámica de *responsabilidad*, que queda cualificada por la visión que tengamos de otro. La responsabilidad cristiana lleva a acoger al otro como prójimo, no como algo útil, ni como medio, ni como rival, ni como elemento al que tengo que transformar. Ante el extranjero, ante el que pertenece a otra cultura, el cristiano ha de ejercer su responsabilidad como ante quien posee en igualdad los mismos derechos y deberes y quien participa y se solidariza en el bien común. La responsabilidad se hace corresponsabilidad porque no podemos pensar en nosotros mismos sin tener en cuenta a los otros. Esto afecta a todos los grupos culturales. Es el juego de la reciprocidad. Y, más específicamente, en las Congregaciones, esta responsabilidad ante las personas de otras culturas, tiene connotaciones comunitarias, institucionales e históricas. No sólo afecta a la convivencia, sino también a la manera de organizarse y a la proyección de futuro.

En fuerza de la responsabilidad ética, una Congregación ante la diversidad cultural debe desarrollar, con respecto a la vida fraterna en comunidad, a sus estructuras e instituciones y mirando hacia el futuro, el *discernimiento*, la *autocrítica* y la *propuesta de valores más exigentes* para el proyecto de su vida y de misión evangelizadora. No

⁷⁵ X. ETXEBERRIA, *Ética de la diferencia*, Universidad de Deusto, Bilbao, 2000, p. 132.

⁷⁶ “La autonomía es necesaria, pero es insuficiente. Ella misma pide abrirse al otro. En primer lugar, porque el «uno mismo» no existe sin presuponer al otro, aún más si se quiere un uno mismo «autónomo», expresamente no sujeto a fuerzas o voluntades ajenas a nuestro juicio. Y, en segundo lugar, porque el conocimiento y la decisión que componen la autonomía serían, respectivamente, incompleto y de aplicación limitada, si no imposible, en el supuesto de que ambas cosas pudieran hacerse sin recabar información del otro ni acusar su presencia en nuestras decisiones. La pretendida «autonomía» sería, pues, contradictoria consigo misma. El término *U-buntu* de la lengua zulú indica esta imposibilidad de ser uno mismo si el otro no lo es también a la vez. «Yo soy porque tú eres. Luego, si te hago daño, yo mismo dejo de ser.» N. BILBENY, *Ética intercultural*, Ariel, Barcelona, 2004, p.74.

⁷⁷ Han desarrollado estas categorías X. ETXEBERRIA en la obra citada y en *Sociedades multiculturales*, Mensajero, Bilbao, 2004. G. GONZÁLEZ R. ARNÁIZ, *La interculturalidad como categoría moral*, en AA. VV. El discurso intercultural. Prolegómenos a una filosofía intercultural, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002. pp. 77-106. M. ORSI, *Educare ad una cittadinanza responsabile. Percorsi educativi ed etici per l'uomo del terzo millennio*. EMI, Bologna, 1998. M. VIDAL, *Moral de actitudes*, Perpetuo Socorro, Madrid, 1991, 8ª ed. Vol II, Iª). ID., *Diccionario de ética teológica*. Verbo Divino, Estella (Navarra), 1991.

puede quedar contemplándose a sí misma, ni complaciéndose por las metas alcanzadas, tampoco deshacerse en lamentos por las inevitables tensiones, sino que, corresponsablemente, ha de “habitar nuevos horizontes” y solidarizarse con los que sufren y padecen injusticias, pobreza y exclusiones.

2.3. *Recrear las pertenencias, hacer hogar, ser parábola*

La tarea de recrear las pertenencias es otra de las condiciones para hacer operativa la cultura congregacional y está conexas con la responsabilidad ética. Una comunidad, un Instituto, integrado por miembros de diversas culturas sólo puede vivir la comunión y hacer propuestas significativas desde una profunda y dinámica recreación de las diversas pertenencias.

La palabra pertenencia está ahora en la boca de los psicólogos y sociólogos que analizan los distintos grupos humanos (familia, sindicatos, partidos políticos, clubs deportivos, etc) y todos observan que los vínculos son débiles y de poca duración. Robert Wuthnow llama “pertenencias porosas” a las vinculaciones débiles que se establecen alrededor de necesidades específicas y con proyectos a la corta, con objetivos definidos que no crean vínculos de por vida. Richard Sennett llama crudamente “corrosión del carácter” al proceso que ya no da un valor ético a la seriedad de nuestras relaciones⁷⁸. Zygmunt Bauman, en su libro “Amor líquido”, describe la fragilidad de los vínculos humanos, el miedo a establecer relaciones duraderas, más allá de las meras conexiones⁷⁹, etc.

El pensamiento postmoderno se mueve en esta línea subrayando las “pertenencias débiles”. El discurso intercultural analiza, desde otra vertiente, la complejidad que rodea a la identidad humana por las múltiples relaciones y pertenencias que se ve obligada a articular e integrar. Los miembros de las comunidades religiosas multiculturales, a las indicadas connotaciones de un ambiente hostil a la pertenencia duradera, sufren las tensiones entre la particularidad y la universalidad, entre lo local y lo mundial y esto tanto a nivel social como eclesial y congregacional. Se sienten urgidos a armonizar las pertenencias a sus orígenes culturales y a la cultura donde desarrollan su vida y ministerio, sin olvidar la atención que reclaman las relaciones con la familia, con otras congregaciones, con los connacionales⁸⁰, con las personas del grupo de trabajo o de otras afinidades, etc. La identidad de cada uno es multidimensional y no es reductible a uno u otro de los factores indicados. Dentro de la complejidad de pertenencias podemos observar influencias, implicaciones y reciprocidades que son fenómenos dinámicos.

La vía adecuada para afirmar la propia identidad no es *la simplificación* ni la *encendida defensa del prestigio* de las instituciones, ni la recuperación de la vieja tradición del “amor al Instituto”. No podemos ni soñar aquella visión de la identidad como unidad firme y estable favorecida por el entorno socio-cultural ahistórico. Todo esto, a la larga, decepciona y empobrece a la persona, a la comunidad y, en definitiva, a la Iglesia y a la sociedad. Para afirmar la identidad en una comunidad multicultural, no

⁷⁸ Cf J.M. FERNÁNDEZ-MARTOS, *Fidelidad acosada, fidelidad cuidada*, en USG Fidelidad y abandonos en la vida consagrada, Litos, Roma, 2006, pp. 32-33.

⁷⁹ Z. BAUMAN *Amor líquido*. Fondo de cultura económica, México, 2005.

⁸⁰ “Suele decirse que ‘une más el pasaporte que el carisma’”. Cf COMISIÓN TEÓLOGICA de la USG, *Dentro de la globalización: Hacia una comunión pluricéntrica e intercultural*, Roma, 2000, n.59.

es el caso de suprimir pertenencias, sino de articularlas y recrearlas desde aquel núcleo fundamental que permita establecer armonía, sentido y satisfacción interior. Y este núcleo es la vocación que, con su fuerza carismática, pone las diferencias en orden y las aglutina según una escala de valores. El hontanar donde se recrean las pertenencias, donde se acrisola la adhesión, es la experiencia del Espíritu que nos une al Padre y al Hijo, que nos hace comprender la intrínseca e inseparable vinculación a quienes han sido agraciados con la misma llamada y la misma misión para dar gloria a sólo Dios⁸¹.

La laboriosa *recreación de las pertenencias* es fruto de la fuerza que el carisma pone en cada uno de los que han sido agregados al cuerpo congregacional, pero también es tarea silenciosa y sacrificada, pues hay que vencer muchos egoísmos y pretensiones que brotan de la carne y de la sangre. La escucha de la Palabra de Dios, la celebración comunitaria de la Eucaristía⁸², tal y como la proponen las Constituciones, propician la reconciliación, la comunión y la disponibilidad misionera. La fraternidad inaugurada por Cristo, en la que los religiosos participan, deriva de su cruz y de la entrega de su Espíritu y se fortalece viviendo el Misterio Pascual. Sabiendo que la pertenencia no se realiza por un simple acto jurídico, sino que es adhesión teológica y creativa, se ha de contar con asumir la cruz de cada día. La asunción de la cruz purifica y aquilata la pertenencia. Con otras palabras, enraízan, entrelazan, ordenan y consolidan las pertenencias en las personas y las comunidades.

Es fácil imaginar cómo puede cambiar la cultura de una Congregación cuando sus miembros viven desde la gratitud de haber recibido hermanos de diversa condición, pero coincidentes en el mismo proyecto de vida. Y lo celebran y lo muestran en gestos de aprecio y en signos de solidaridad. La casa se hace hogar: lugar de recogimiento e interioridad, de calidez y de protección, de expansión y de celebración, de reconciliación y de ofrecimiento. En la casa como hogar la comunidad se recrea entre silencios y conversaciones, entre emociones y compasiones, entre oración y discernimiento, entre proyectos y realizaciones. Todo es un continuo movimiento de ida y vuelta con fecundo intercambio de dones. La casa es punto de encuentro y de salida porque la casa, el hogar donde habitan las diferencias culturales en comunión, es el signo de la presencia del Dios de la vida, que es comunidad en la diferencia. Hundiendo las raíces en el Misterio Trinitario nos reafirmamos como lo que somos y para lo que estamos. De la casa, que en definitiva es la casa del Padre, partimos para la misión conjunta y lo hacemos ofreciendo nuestra vida como parábola⁸³. La cultura

⁸¹ En otros tiempos, y desde otro contexto, escribí en un editorial de la revista *Vida Religiosa*: "Pertener a un instituto significa algo más que dar el nombre, dedicar unas horas de trabajo y ofrecer nuestra simpatía a las personas que un día encontramos o que con el correr de los años han llegado a ocupar un puesto importante en nuestro ámbito afectivo. La conciencia de la llamada y la exigencia de la respuesta, mantenidas en plena lucidez y en máxima responsabilidad, dan la clave para la comprensión de la pertenencia. Es muy difícil vivir gozosamente entrelazando el propio destino personal con el de los demás sin la experiencia originaria del amor, de un "amor primero" (1 Jn 4, 10) que dé coherencia a la historia irreductible e indeclinable de nuestra vida" A. BOCOS MERINO, *Hablar hoy de pertenencia al Instituto*. *Vida Religiosa*, 42 (1977) p. 85.

⁸² La Eucaristía es el misterio donde se reviven las relaciones personales con la tres Personas de la Trinidad, se purifican las relaciones fraternas y se alargan las relaciones hasta compartir con los últimos. Cf P. A. CAVALERI, *L'Eucaristia come misterio relationale*, en *Religiosi in Italia*, 2005, p.*90-101.

⁸³ Cf J.M. LOZANO, *Vida como parábola. Reinterpretando la vida religiosa*. Publicaciones Claretianas, Madrid, 1986. En la pág. 60 dice el autor: "Ese es exactamente el significado de la vida religiosa en la Iglesia. Con el fin no sólo de recordarnos a todos las exigencias que para todos tiene el Evangelio (hay que negarse a sí mismos, hay que tomar la cruz, hay que pasar por encima de los vínculos familiares y no dejar que las preocupaciones por el poder, la seguridad y la vida fácil se conviertan

congregacional responde a uno de los desafíos más notorios que tiene la Iglesia en el mundo actual: su *significación*. La Iglesia, y la vida religiosa en ella, ha de aparecer como el gran signo de los redimidos, de los liberados, de los que tienen puesta a salvo su vida porque han muerto y resucitado con Cristo y viven desde otra dimensión sus relaciones y sus pretensiones. Las comunidades multiculturales, fieles a sus exigencias carismáticas, se convierten en parábolas significativas y dinámicas de los valores del Reino. Miran hacia delante proponiendo, anticipando, que es posible la paz, que es posible el entendimiento a pesar de las diferencias, que es posible posponer la familia, las banderas y las músicas, las costumbres, y entregarse a causa de Jesús: hacer de todos los hombres el Pueblo y la Familia de los hijos de Dios.

3. Inspirados y movidos por la espiritualidad de comunión

Existen ya muchas orientaciones desde la antropología, la psicología y la sociología para hacer interculturalidad⁸⁴. Pueden ayudarnos a entender los entramados humanos de este proceso, pero, como hemos venido haciendo, entre los religiosos hemos de resaltar que la cultura congregacional se acredita y hace operativa desde la espiritualidad de la comunión⁸⁵. Inspirados y movidos por ella, las comunidades multiculturales se hacen profecía de catolicidad, de comunión y de fraternidad.

Aunque es verdad que, de una manera directa, el magisterio de la Iglesia no se ha ocupado de la incidencia que pueda tener la multiculturalidad en los Institutos de vida consagrada, sin embargo, ha sido muy insistente en pedir a los religiosos que sean signos e instrumentos de comunión. Basta repasar los siguientes documentos para darse cuenta de ello: *Religiosos y promoción humana* (1982); *La vida fraterna en comunidad* (1994); *Vida consagrada* (1996), *Novo millennio ineunte* (2001) y *Caminar desde Cristo* (2002).

Por la trascendencia que ha tenido a partir del mismo, recuerdo este texto del documento *Religiosos y promoción*: “Los religiosos son llamados a ser en la Iglesia y en el mundo ‘*expertos en comunión*’, testigos y artífices de aquel “proyecto de comunión” que constituye la cima de la historia del hombre según Dios. Ante todo, por la profesión de los consejos evangélicos, que libera el fervor de la caridad de todo impedimento se convierten comunitariamente en signo profético de la íntima comunión con Dios amado por encima de todo. Además, por la experiencia cotidiana de una comunión de vida, oración y apostolado, que es componente esencial y distintivo de su forma de vida consagrada, se convierten en ‘signo de comunión fraterna’. En efecto, en medio de un mundo, con frecuencia profundamente dividido, y ante todos sus hermanos en la fe, dan

en norma última), el Espíritu del Señor Jesús llama a una minoría de hombres y mujeres a renunciar material y radicalmente a sus propias familias (las que podían haber creado) y toda búsqueda de poder y seguridad personal. Su familia será la Iglesia (solitarios) o, inmediatamente, este grupo de discípulos que buscan juntos la voluntad de Dios y se declaran solidarios de los excluidos y oprimidos como Jesús. Su profesión pública será, de una u otra manera, el servicio del Evangelio. Viven exclusivamente para irradiar la fe y esperanza de Jesús y anunciar su mensaje liberador. Significativamente estas vocaciones particulares, de minoría profética, surgen a menudo al contacto con esos textos evangélicos sobre las exigencias que el reinado divino plantea a todos los cristianos”

⁸⁴ Cf A. NANI-S. CURCI, *Buone pratiche per fare intercultura*, EMI, Bologna, 2005. En este libro puede encontrar el lector una abundante bibliografía al respecto.

⁸⁵ CfM. IVAN RUPNIK, *Criterios teológicos para el encuentro multicultural*, En S. GONZÁLEZ SILVA (ed) *Sin fronteras*, p. 97-110.

testimonio de la posibilidad real de poner en común los bienes, de amarse fraternamente, de seguir un proyecto de vida y actividad fundado en la invitación a seguir con mayor libertad y más de cerca a Cristo Señor, enviado por el Padre para que - como primogénito entre muchos hermanos - instituyese una nueva comunión fraterna en el don de su Espíritu”⁸⁶.

Posteriormente, el mensaje sobre la vida fraterna en comunidad ha venido fundamentado en presupuestos trinitarios y eclesiológicos y, desde ellos, se ha podido ver que este tema tiene enorme trascendencia eclesial. El Papa lo hizo notar en el mensaje a la Plenaria de la Congregación: “Nacida de Dios, toda comunidad cristiana refleja de algún modo el misterio de *la comunión eclesial*, cuyo signo es. La vida fraterna es una expresión concreta del misterio de la caridad divina que el Padre, con la encarnación de su Hijo (cf Jn 3,16), nos quiso comunicar a todos los hombres. (...) La comunidad religiosa puede constituir *un testimonio viviente*, en medio de un mundo anhelante de paz y que trata de *superar sus conflictos...*”⁸⁷. En el texto del documento se dice: “Los institutos internacionales, en los que conviven miembros de distintas culturas, pueden contribuir a un intercambio de dones, mediante el cual las distintas culturas se enriquecen y se corrigen mutuamente, en la tensión común por vivir cada vez más intensamente el Evangelio de la libertad personal y de la comunión fraterna”⁸⁸.

La exhortación *Vida consagrada* habla más directamente sobre el tema que nos ocupa: “La Iglesia encomienda a las comunidades de vida consagrada la particular tarea de fomentar la espiritualidad de la comunión, ante todo en su interior y, además, en la comunidad eclesial misma y más allá aún de sus confines, entablando o restableciendo constantemente el diálogo de la caridad, sobre todo allí donde el mundo de hoy está desgarrado por el odio étnico o las locuras homicidas. Situadas en las diversas sociedades de nuestro mundo frecuentemente laceradas por pasiones e intereses contrapuestos, deseosas de unidad pero indecisas sobre la vías a seguir, las comunidades de vida consagrada, en las cuales conviven como hermanos y hermanas personas de diferentes edades, lenguas y culturas, se presentan como signo de un diálogo siempre posible y de una comunión capaz de poner en armonía las diversidades”⁸⁹.

Para esta tarea es la que necesitamos inspirarnos y movernos en la espiritualidad de comunión, que, con palabras incisivas, capaces de renovar relaciones y programas, Juan Pablo II describe con estos rasgos: a) La mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros; b) capacidad de sentir al otro como hermano, miembro del mismo Cuerpo de Cristo; c) capacidad de acoger y valorar al otro como don; d)

⁸⁶ SCRIS, *Religiosos y promoción humana*, Roma, 1982, n. 24. Se han omitido aquí las citas del Concilio y de Puebla.

⁸⁷ *A la Asamblea Plenaria de la Congregación para los institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica*, 20-XI-1992.

⁸⁸ CIVCSVA, *La vida fraterna en comunidad*, n. 42.

⁸⁹ VC 51. En este mismo número, más adelante, añade: “Más adelante añade: “Particularmente los institutos internacionales, en esta época caracterizada por la dimensión mundial de los problemas y, al mismo tiempo, por el retorno de los ídolos del nacionalismo, tienen el cometido de dar testimonio y de mantener siempre vivo el sentido de la comunión entre los pueblos, las razas y las culturas. En un clima de fraternidad, la apertura a la dimensión mundial de los problemas no ahogará la riqueza de los dones particulares, y la afirmación de una característica particular no creará contrastes con las otras, ni atentarán a la unidad. Los institutos internacionales pueden hacer esto con eficacia, al tener ellos mismos que enfrentarse creativamente al reto de la inculturación y conservar al mismo tiempo su propia identidad”

compartir alegrías y sufrimientos; e) sobrellevar conjuntamente las cargas y rechazar las tentaciones egoístas que engendran competitividad, desconfianzas y envidias⁹⁰.

Todavía estamos saboreando la encíclica de Benedicto XVI, quien nos ofrece en ella la clave, el punto de mira, desde el que contemplar al otro y establecer la correcta reciprocidad: “Consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Más allá de la apariencia exterior del otro descubro su anhelo interior de un gesto de amor, de atención, que no le hago llegar solamente a través de las organizaciones encargadas de ello, y aceptándolo tal vez por exigencias políticas. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita. En esto se manifiesta la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo, de la que habla con tanta insistencia la *Primera carta de Juan*”⁹¹.

Cualquiera que examine con detención el magisterio observará que las orientaciones están marcadas por la aportación positiva que la vida religiosa puede hacer en este mundo que necesita ver que hay comunidades donde se vive el amor oblativo hacia todos, sean de la cultura o nacionalidad que fuere. “Estas comunidades son lugares de esperanza y de descubrimiento de las bienaventuranzas; lugares en los que el amor, alimentado con la oración y principio de comunión, está llamado a convertirse en lógica de vida y fuente de alegría”⁹². También son ámbitos donde aparece la creatividad en el cuidado de los pequeños detalles: espacios y tiempos, decoración, celebraciones, revistas, uso de la TV, etc.

Las comunidades multiculturales en la vida religiosa tienen que ser fieles a esta llamada a la espiritualidad de comunión que les permita ser profecía de fraternidad⁹³. Los religiosos, “en caso extremo, pueden renunciar a su etnia, a su cultura y a su sensibilidad, pero jamás podrán renunciar a ser hermanos, porque todo religioso en cuanto tal, como el cristiano en cuanto tal, es hermano por definición. Y, por lo mismo, ni la etnia, ni la cultura, ni otra cosa cualquiera, por importante que sea, deberá jamás ser preferida a la fraternidad y a la comunión”⁹⁴.

En fuerza de esta fraternidad vivida y ofrecida, cada Congregación acrecienta la cultura de la vida, de la paz, de la reconciliación, del lenguaje inclusivo, del respeto, de la celebración festiva y de la esperanza. ¿No ha sido rubricada por el martirio en tiempos bien recientes? Recordemos los muchos mártires de este inicio de siglo, sobre todo en Asia, África y América Latina⁹⁵.

⁹⁰ Cf Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 43. Cf CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Las personas consagradas y su misión en la escuela*, (28-X-2002).

⁹¹ BENEDICTO XVI, *Carta encíclica “Deus caritas est”*, n. 18.

⁹² VC 51.

⁹³ “*La misma vida fraterna es un acto profético, en una sociedad en la que se esconde, a veces sin darse cuenta, un profundo anhelo de fraternidad sin fronteras*” (VC 85).

⁹⁴ J. ÁLVAREZ GÓMEZ, *Inculturación y vida religiosa*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1995, p. 64.

⁹⁵ Véanse los datos precisos en la página del Martirologio de la agencia *Fides*.

III. ¿Cómo orientarse en medio de la pluralidad?

Es la tercera pregunta que aparece en el subtítulo de esta conferencia. La interculturalidad es una forma de espiritualidad e interpela y estimula al gobierno, a la formación y a la economía. De todos modos, después de todo lo dicho, concreto la respuesta con una aplicación a tres grandes áreas: el gobierno, la formación y la economía.

1. Acoger y gobernar las diferencias y favorecer la participación

El tema de la multiculturalidad es complejo y el lenguaje es lábil y fragmentado. Esto pide que, antes de poner en marcha cualquier iniciativa, se adquiriera un adecuado conocimiento de las implicaciones del fenómeno, las causas y los dinamismos de la interculturalidad. Y esto, tanto por lo que se refiere al crecimiento cultural de la propia Congregación como para el ejercicio de la misión.

Por otro lado, hay que encajar este de multiculturalidad en la vida religiosa dentro de la situación que vive la Iglesia y hay que incorporarse en el proceso que ella misma está siguiendo al escuchar las voces de los continentes en los sínodos celebrados. Por otro lado, pensemos en un instante cómo ha cambiado la composición del Colegio cardenalicio. La Iglesia nos invita a mirar la realidad en su complejidad, a comprenderla y a amarla.

El enfoque más acertado para un Instituto que intenta acoger y gobernar las diferencias es el de la misión. La interculturalidad induce a la apertura y a la receptividad y propicia un modo nuevo de ver, de vivir y de ejercer la misión. Como la Iglesia, también la vida religiosa tiene su razón de ser en testimoniar y colaborar en el proyecto de salvación. Todas las iniciativas del gobierno han de ir orientadas en esta dirección. No es de extrañar que sea el enfoque más creativo. La cultura congregacional se desarrolla y enriquece en la medida que se da cabida a lo diverso y se le da espacios para expresarse en coherencia con el carisma del Instituto. Se puede ser y se puede trabajar por el Evangelio de muchas más maneras que las que hemos aprendido en la cultura de origen. Se puede vivir el mismo carisma con diversas modalidades. De ahí la importancia de saber relativizar la propia forma de pensar, de sentir y de expresarse. Por otro lado, cuando los grandes valores del Reino cobran primer plano en las comunidades y son vividos con intensidad, quedan desbancados los otros problemas. Si insistimos en la fraternidad, la paz, la justicia, el diálogo, la reconciliación, la colaboración..., no hay cabida para las discordias, los malentendidos, las tensiones, las divisiones, los nacionalismos exacerbados, etc.

Lo cual quiere decir que, ante el tema de la pluriculturalidad no es cuestión de ser ni estrategias, ni habilidosos, ni oportunistas... Es preciso acoger las diferencias culturales, situarse en el corazón del problema, tal y como hemos venido atisbando, y ofrecer una visión fundada, armoniosa y dinámica de la identidad y misión del Instituto, de su historia y de sus presencias en los distintos pueblos y de la capacidad de

inculturación. La palanca más fuerte del proceso es la *participación*. Hacer posible los encuentros y que en ellos haya suma transparencia para que transcurra la participación fluidamente. Una participación que supone, frecuentemente, paciente escucha y sosegado diálogo.

Ya hemos visto que no se puede proceder con criterios de uniformidad y homogeneización. La búsqueda del bien común pasa por la aceptación de la libertad y la responsabilidad de las personas, por el respeto y por la facilitación del intercambio y de la complementariedad.

Haciendo un recuento de los puntos sobre los que el gobierno ha de fijar su atención para gobernar las diferencias, señalo los siguientes: 1) La unidad en el pluralismo, sabiendo que el servicio de unidad y de comunión se fomenta no por la centralización sino por la información, el diálogo, la participación y la corresponsabilidad. 2) El discernimiento en la selección de las nuevas fundaciones multiculturales, la preparación de los destinos y el acompañamiento a las comunidades⁹⁶. 3) El proyecto de vida global de la Congregación según el propio carisma. 4) La participación en la vida y misión de la Congregación, en todos los niveles: local, provincial y general, a las personas que provienen de las nuevas culturas que se incorporan en ella. Esto implica tener en cuenta la descentralización y la autonomía concedida a los Organismos Mayores o Regiones, incluso a las comunidades a través de proyectos particulares. 5) La necesaria relectura de las Constituciones para asumir valores y expresiones religiosas y culturales. Los Capítulos Generales están para promover la asimilación y revivir el carisma fundacional prestando atención a los nuevos signos de vida que emerge en los distintos contextos. 6) Fomentar el dinamismo de las estructuras intermedias de dialogo y consejo (Conferencias regionales). 7) Promover la participación en las Conferencias de religiosos y la colaboración entre Institutos.

Tres cuestiones que merecen mención a parte, por el plus de discernimiento y acierto que necesitan, son:

1) *La representatividad en los distintos cargos de gobierno*. En el área de gobierno es en la que primero se ha de reflejar que se toma en serio el valor de la diversidad de culturas y que se apuesta por relaciones interculturales. Incluso haciendo efectiva la representatividad en los órganos de servicio y animación. La presencia de personas de diversas culturas en los órganos de gobierno es memoria de situaciones, de sensibilidades, de necesidades de otras partes de la Congregación, de Iglesias particulares o de pueblos a los que también nos debemos. Es una gran ayuda para abrir al Instituto, a la Provincia, a horizontes transculturales. Por otro lado, es un

2) *La división y reagrupación de Organismos mayores*. A veces por defender o salvaguardar las propias culturas se fuerza a la división de Organismos. Si se necesita especial discernimiento es porque a veces es motivo de nuevo impulso, de creatividad, de nuevos empeños. Pero otras veces los intereses partidistas o la exaltación de lo propio de una cultura deja de lado el bien común del Instituto y su servicio a la Iglesia universal. En este proceso hay que esforzarse por acertar a conjugar el respeto, aprecio

⁹⁶ Cf J. MAC-MAHON, *Nuestra vida comunitaria en un grupo internacional*, en Testimonio, n. 203, 2004, pp 78-84.

y, si es caso, defensa de la propia cultura, y la apertura a otras culturas, a otras necesidades del Instituto y de la Iglesia.

3) *Las mayorías y minorías en los Institutos*. Lo refleja muy bien la Carta de la Dirección de los Combonianos: “Los orígenes históricos y el desarrollo de todo instituto llevan consigo la inevitable hegemonía de la cultura del grupo original, que frecuentemente es también mayoritario. Esto crea una dinámica particular en el diálogo intercultural. Por una parte, el grupo mayoritario tiende a perpetuar tal hegemonía, juzgando –a veces por simple inercia- que los grupos minoritarios no han asimilado suficientemente el espíritu del carisma o no están todavía preparados para asumir responsabilidades. La consecuencia es la vigencia de un único modelo, que se perpetúa ‘democráticamente’ por la fuerza de los números, pero sin la debida atención al sentir de las minorías, que quedan relegadas a un silencio más o menos resignado. Por otra parte, puede suceder que una minoría particularmente combativa, manipulando el concepto de víctima injustamente oprimida, imponga siempre su criterio. Se pasaría así de la dictadura de la mayoría a la dictadura de la minoría. La solución justa no es la lógica de los ‘vencedores’ o ‘vencidos’ ni tampoco el silencio ‘pro bono pacis’ de una o de ambas partes, que no deja satisfecho a nadie y que genera un clima sordo de tensión y desconfianza mutua. La única vía es el diálogo abierto y generoso en el que cada grupo se esfuerza en ir al encuentro de la sensibilidad y aspiraciones del otro - en espíritu de comunión y respeto de la verdad”⁹⁷.

El gobierno tiene estar atento a estos movimientos de *mayorías y minorías* que hoy se está dando cada vez con más frecuencia, tanto a nivel de todo el Instituto como de las comunidades locales multiculturales. Hay que deshacer algunos mitos: que la cultura originaria del Instituto es la mejor; que lo que siempre se ha hecho así tiene valor por sí mismo; que las nuevas vocaciones que llegan de otras culturas no están preparados, etc. Como también hay que templar y moderar el afán de poner diferencia insalvable a cualquier detalle y, partiendo de ese detalle, establecer barreras o divisiones que no conducen sino a una vida estéril e infecunda. También, en el servicio de animación, conviene prestar ayuda a integrar los desniveles que se producen por las edades o las generaciones. Los tiempos traen sus cambios de sensibilidad, de teologías y de pastoral, etc. Y es preciso superar las barreras de estas diferencias para que la comunidad se sienta unida y rinda apostólicamente.

2. Formar para superar fronteras, hacer puentes, estrechar lazos

El gobierno y la formación son siempre inseparables, pero más hoy día en el que la multiculturalidad hace que se entrecrucen objetivos y dinamismos en ambas tareas.

La formación está inspirada y orientada a la misión. Se forma pensando en un “para” que va más lejos del “bienestar o buena convivencia” en el centro de formación. Como ya se ha indicado, las comunidades multiculturales son un referencial muy influyente en las Iglesias particulares y en los contextos sociales. No puede perderse de vista la fuerza transformadora del Evangelio en el corazón del formando. La razón última de nuestro “vivir juntos” y el carácter significativo y contracultural que tiene

⁹⁷ DIRECCION GENERAL DE LOS COMBONIANOS, Carta sobre “*La interculturalidad en la comunidad comboniana*”, Roma, 6-I- 1999, .nn 58-59. Las Salesianas Misioneras de María Inmaculada han contado su experiencia del cambio de mayorías. Cf G. M. COLPIN, *Cuando una Congregación cambia de mayoría*, en Spiritus 38 (1997) 117-120.

nuestra vida consagrada en la vivencia radical de los votos de pobreza, castidad y obediencia⁹⁸.

El futuro de los Institutos depende en gran parte del tipo de formación de los miembros. Al ir avanzando la multiculturalidad, es obligado concentrar esfuerzos por *superar fronteras, hacer puentes, estrechar lazos*. Todo en orden a vivir la identidad compleja y hacer de ella una fuerza integradora y no un principio de contradicción interna⁹⁹. Los años de formación inicial son el tiempo adecuado para educar a la diferencia¹⁰⁰, si bien somos todos los que hemos de “educarnos” a la interculturalidad, ya que es imprescindible “educarnos/formarnos” para educar y formar¹⁰¹.

Muchos Institutos se encuentran hoy con que donde tienen vocaciones no hay formadores y donde no tienen vocaciones hay formadores. Y no es fácil hacer destinos para esas naciones porque o los formadores no están preparados para educar en otras culturas o no son aceptados por los jóvenes por no ser de la propia cultura¹⁰². Prepararse para vivir en la multiculturalidad: este es el reto que hay que asumir por parte de todos: de los destinados, de los formandos y de los superiores.

El “nosotros” congregacional, signo e instrumento de comunión, sólo se sostiene desde la comprensión de la persona como sujeto en relación, abierta, interdependiente y complementaria. Cuando este “nosotros” es multicultural quiere decir que ha de saberse sujeto en la conjugación de lo local y lo universal, de la identidad y la alteridad, de la igualdad y la diferencia, de la unidad y la diversidad. Y esto de forma procesual, pues se camina en continua interacción con la realidad cambiante.

Hemos de ser muy agradecidos con las vocaciones que nos llegan, donde quiera que sea. Pero hoy es preciso poner cuidado en la acogida, el discernimiento y la selección, pues han de ser los agentes futuros en la evangelización de un mundo complejo. Desde una mirada positiva sobre la persona y sus posibilidades, conviene ayudarla a pasar del “yo” al “nosotros”. El tiempo de formación, en sus diversas etapas, es el momento adecuado para asimilar el carisma y para su inculturación; para habilitar a los formandos a vivir de forma integrada y unitaria la pertenencia al Instituto, a la Iglesia, al pueblo; para abrir y ensanchar la mente y el corazón de los formandos a lo diverso y prepararles para el diálogo de vida, intercultural e interreligioso; para aprender a colaborar con personas de otras culturas, de otras iglesias cristianas y de otras religiones; para promover el discernimiento de los auténticos valores que construyen el Reino y el oportuno uso de los massmedia; para propiciar prácticas de oración diversa a la propia y fomentar experiencias de vida en otros contextos culturales. Estas

⁹⁸ Sobre identidad cultural y consejos evangélicos, Cf J. ALDAY, *Quando gli Istituti religiosi diventano internazionali*, pp. 50-57.

⁹⁹ Cf COMISIÓN TEOLÓGICA DE LA USG, *Dentro de la globalización...*Roma, 2000, n. 75. Cf P. DEL CORE, *L'identità personale, culturale e vocazionale in un mondo globalizzato. Quali percorsi di formazione?* Texto de una conferencia dada a los Responsables de la Formación de la USG. (pro manuscrito), 2001.

¹⁰⁰ Giorgio dal Fiume estudia los puntos de partida para la educación intercultural.: *Educare alla differenza*, Bologna, 2000.

¹⁰¹ H.-CH. A. CHANG, *Educarnos para la interculturalidad en las comunidades religiosas*. En S. GONZÁLEZ SILVA (ed) *Sin fronteras*, pp 177-197.

¹⁰² Es fácil escuchar: “Es que el formador no nos entiende... Como es de tal parte... Se olvida fácilmente que se da unidad de naturaleza y diversidad de culturas. No se puede invocar la pluralidad para no asumir las exigencias de la unidad.

experiencias ha de ser realizada en vista a una visión y vivencia más universal con una gran disponibilidad para evangelizar en cualquier parte del mundo donde le requiera la misión del Instituto. Están surgiendo estilos de vida, teologías, liturgias, métodos de evangelizar, bastante diversos a los que nos hemos ido acostumbrando. Adentrarse en ellos exige serio y profundo estudio de los temas desde la *interdisciplinariedad*.

El tiempo de formación es el más adecuado para el aprendizaje de lenguas e historia, para promover la sensibilidad y el aprecio por las costumbres del pueblo, para tomar interés por otra literatura y forma de expresarse, para admirar el encanto de otras músicas o folklores, para descubrir el valor de otras simbologías y formas de celebrar, para valorar otras formas de expresión artística, otros juegos y otras formas de emplear el tiempo. También, y es lo más serio, para comprender otras formas de situarse ante la vida y la muerte. Todo esto es riqueza de la cultura congregacional.

También el periodo de formación es ocasión única para ensayar y aprender a dialogar. La formación es dialogante, con muchos interlocutores y de forma “holística”, pues comprende todas aquellas dimensiones que inciden en la vida del formando. El diálogo ayuda a comprender otros puntos de vista. A lo largo del mismo se hacen patentes los valores de las culturas de los otros y aparecen las limitaciones de las propias¹⁰³. El diálogo es el nuevo nombre de la caridad, pero también de la humildad¹⁰⁴ y de la ascesis purificadora.

La Comisión Teológica de la USG hace esta indicación: “La formación en un ambiente internacional se convierte en un instrumento de ‘búsqueda’ -laboratorium- que trata de armonizar la identificación con la propia cultura y la necesidad de conocer, cambiar y asimilar otras culturas. Es propio de los jóvenes estar abiertos al intercambio positivo y cultural. Son necesarias iniciativas unificantes (centros internacionales de primera formación o de formación permanente, experiencias de colaboración apostólica etc.), pensadas como momento de mutua integración. Esto exige que todo sea puesto en circulación, para conseguir un enriquecimiento mutuo”¹⁰⁵.

Es obvio que los centros internacionales de formación deben ser foros de encuentro en la multiculturalidad y no un medio para fomentar la uniformidad, que, a estas alturas, ya ha debido ser transcendida.

3. Compartir y gestionar los bienes

¹⁰³ “La comprensión de otra cultura nunca es completa, porque aunque sus razones (*logoi*) puedan convencernos, sus mitos fundamentales pueden ser incompatibles con los nuestros... Podemos, por tanto, afirmar que la interculturalidad nos revela nuestros propios límites, nos enseña la tolerancia y nos muestra la contingencia de la condición humana”. R. PANIKKAR, *Paz e interculturalidad*, p. 90. Más adelante añade: “La interculturalidad pone en cuestión los mitos dominantes del status quo actual, desabsolutiza nuestras convicciones mas profundas y corre el riesgo de hundirnos en un relativismo moral o puede llevarnos a una relatividad liberadora, siempre que tengamos el tercer ojo abierto a la realidad mística que nos hace superar todo absolutismo. O, en otras palabras, la interculturalidad nos invita a descubrir lo universal en la profundización de lo concreto”, *o.c.* p. 91.

¹⁰⁴ Voltaire escribió: “Estamos todos amasados de debilidades y de errores; perdonémonos recíprocamente nuestras tonterías; esta es la primera ley de la naturaleza”.

¹⁰⁵ L.c. nn 76-77. Ver algunos testimonios en UGEUX, B.: *Comunidades interculturales y la globalización de la misión*. Spiritus 38 (1997) pp. 93-100. Sobre la experiencia de una comunidad internacional, cf SANTUCCI, F.: *La comunità religiosa internazionale*, en AA.VV: *Vivere insieme. La comunità religiosa: sfide e proposte*. Roma, 1999, 149-158.

No es común reparar en la función que la gestión de los bienes tiene en el ejercicio de la interculturalidad. Ciertamente es uno de los factores decisivos para que transcurra con normalidad la misión, se viva con despreocupación la espiritualidad y se realice y consolide con normalidad la formación.

El uso y la gestión de los bienes están sometidos a influencias culturales. Y lo que a los miembros de una cultura les parece normal, a otros les extraña. De ahí que este tema se haya de convertir en objeto de especial discernimiento para concordar criterios. Y, además, ha de ser tratado con cierta responsabilidad profesional, porque gestionar hoy los asuntos económicos supone preparación, transparencia y previsión¹⁰⁶. Lo que no puede quedar a merced de un criterio particular es el compartir y la conjunción de fuerzas para hacer frente a las estructuras injustas. El hecho de que la gestión de los bienes pueda ser tratado en diálogo intercultural, permite estar atentos a los agujeros negros de la insolidaridad. Nadie, en nombre su cultura de procedencia, puede defender los sistemas económicos que oprimen, que excluyen, que concentran el poder y aumentan las bolsas de pobreza. La opción por los pobres está por encima de toda variedad cultural. Nuestro compartir los bienes, tanto en el interior del Instituto como con los que nos rodean, tiene un presupuesto irremplazable, la situación de extrema pobreza que sacuda a la mayor parte de la humanidad.

Ciertos rasgos de cultura congregacional giran en torno a la vida de pobreza: la sencillez, la austeridad, la dedicación al trabajo, estructuras apostólicas, la limpieza, la ornamentación y el buen gusto, la ubicación y organización de la vivienda, los viajes, la alimentación, los vestidos, los instrumentos de trabajo, etc.

Personas y bienes han de ser vistas como “patrimonio común” del Instituto que está al servicio de la misión, pero hay que ver el modo mejor para promover la solidaridad, tanto en el interior del Instituto con la comunicación de bienes personales y materiales como en comunidades cristianas que pueden contribuir a través del voluntariado de sus miembros o con sus bienes¹⁰⁷. Es importante que en este intercambio se transparente el más genuino compartir cristiano sin que aparezca el dominio de unos sobre otros. La comunicación de bienes es signo profético en este mundo globalizado y egoísta. Los Institutos han de empeñarse cada vez más en buscar el modo de que desaparezcan las desigualdades entre las diversas zonas u Organismos.

La solidaridad va unida a la subsidiariedad, pues nadie debe pedir a otro lo que puede alcanzar por el propio trabajo, el propio ingenio u otros medios. La solidaridad tiene que asumir el diferenciado estilo de vida, según las circunstancias de los distintos lugares. En un pueblo pobre no se puede vivir como ricos y en un pueblo rico se ha de vivir austeramente para compartir con quienes padecen necesidad. Por tanto, “dé cada uno según sus posibilidades y pida cada uno según sus necesidades”. En otro lugar he descrito cómo la solidaridad ha de ejercerse de forma ordenada y con transparencia, tanto en el que entrega como en que recibe¹⁰⁸.

¹⁰⁶ Cf USG, *Economía y misión en la vida consagrada*, Il Calamo, Roma, 2002. E. ARENAS- F. TORRES, *Vida religiosa y economía, Administración y contabilidad en los Institutos religiosos*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2003.

¹⁰⁷ Un medio que se está aprovechando es potenciar las Procuras misioneras y sus relaciones con los Organismos de ayuda internacional para fomentar la solidaridad.

¹⁰⁸ A. BOCOS MERINO, *La profecía de la solidaridad*, en B.FERNÁNDEZ-F. PRADO (eds) *Pobres en un mundo global*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2004, pp. 187-212.

Conclusión: Celebrar la Eucaristía: renovar la alianza y adelantar el Reino

La semana tiene un título: *La Eucaristía*. Y un subtítulo: *Fracción del pan, encuentro de culturas*. Las comunidades multiculturales, cuando celebran la Eucaristía, renuevan su alianza y adelantan el Reino.

La primera vez que me entrevisté con el P. Pedro Arrupe en la casa general de los Jesuitas, me invitó a pasar a su capilla personal. Un espacio pequeño donde él hacía oración y donde celebraba la Eucaristía. Tan sólo me dijo: Esta es la gran catedral donde, cuando se celebra la Eucaristía, se dan cita todos los jesuitas del mundo, se dan cita todos los pueblos, todas las culturas. Se produce una gran y armoniosa voz de alabanza al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Tanta diversidad se hace aquí unidad”

En la Eucaristía se cumple la promesa del Reino, donde la diversidad se sienta a la mesa de la unidad. *“He aquí que establezco mi alianza con vosotros y con vuestra futura descendencia y con toda alma viviente que os acompaña”* (Gen 9, 9). *“La copa de bendición que bendecimos, ¿no es acaso participación de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es acaso participación del cuerpo de Cristo?”* (1 Co 10, 16). *“Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forma más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu”* (1 Co 12, 12-13).

En la capilla de la Casa general de los Claretianos en Roma, el P. Maximino Cerezo Barredo pintó el cuadro de Pentecostés con el Corazón de María, inspiradora y animadora de la vida misionera claretiana. El mural tiene una forma de gran cruz que se eleva a partir del Sagrario, en torno al cual están una rama de olivo y unas hojas de maíz. En los brazos de la cruz aparecen manos de distintos colores. Algunas de ellas están llagadas. En la parte vertical de la cruz aparece la escena de Pentecostés: Desciende el Espíritu sobre María y los Apóstoles. María de pie, dando un paso adelante, con una mano invita a los apóstoles a la misión y con la otra muestra su corazón, como si estuviera indicando que la misión ha de hacerse con ternura y misericordia. Mons. Pedro Casaldáliga, contemplando este cuadro, hizo este poema-meditación:

Se ha enmarcado en la Cruz todo el misterio
de aquel mayor Amor que nos liberta.
Todos los pueblos pueden ser hermanos,
entre el olivo y el maíz distantes,
haciéndose una sola Eucaristía.
Verde está la esperanza en la Tierra,
a pesar de las sombras de la muerte
y son todas las manos
-de todos los colores-
las manos de tu Hijo,
heridas de pobreza o de pecado,
pidiendo y ofreciendo el Evangelio.
Icono de la Iglesia misionera,

cuaja en tu Corazón la Llama Viva,
y urge tus pies descalzos la Palabra.
Te arropa la Promesa, luminosa
como un escudo fiel, pero te apremian
la Misión y el Martirio.
En medio de la Cruz y de la Gloria
tú sales siempre al paso
del Hijo y de los hijos,
andariega del Reino.
Tu eres siempre Madre, Madre ahora
de este Cristo total que nace y crece
a través de la tensa historia humana.
Madre de la Palabra y su discípula,
Maestra de la escucha y del servicio,
Cenáculo materno de la Iglesia:
No cejes nunca, Madre!
¡Impulsa la andadura de los doce
de todos los setenta,
que estamos aturdidos,
quizás, por la embestida
del vendaval de Dios!
¡Ábrenos los oídos y los ojos,
sacúdenos el miedo y las inercias,
danos un corazón de carne y de crisma,
revístenos de gozo y de osadía,
envíanos, al Viento que te lleva,
testigos de tu Hijo,
diáconos de Pascua, servidores,
hermanos ecuménicos del Mundo!

BIBLIOGRAFIA GENERAL:

OBRAS. R. PANIKKAR, *Sobre el diálogo intercultural*, Salamanca 1990; ID., *La nueva inocencia*, Estella 1993; P. POUPARD, *Culture et inculturation, essai de difinition*, en *Seminaruim*, 32 (1992) 19-34. M. AZEVEDO, *Vivir la fe en un mundo plural. Discrepacias y convergencias*. Estella (Navarra) 1993. H. CARRIER, *Diccionario de la cultura*, Estella (Navarra), 1994. A. PEROTTI, *La via obbligata dell'interculturalità*, Perugia, 1994. H. KÜNG- K. J. KUSCHEL (eds.), *Hacia una ética mundial. Declaración del Parlamento de las religiones del mundo*, Madrid 1994; J.B.METZ,. *In cammino verso una chiesa mondiale culturalmente policentrica*, en KAUFMANN F-X. :METZ, JB: *Capacità di futuro. Movimenti di ricerca nel cristianesimo*. Brescia, 1988. S. P. HUNTINGTON, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona 1997; A.A. V.V., *El extranjero en la cultura europea de nuestros días*, Bilbao 1997; X. ETXEBERRÍA, *Ética de la diferencia*, Bilbao 1997; M. ORSI, *Educare ad una cittadinanza responsabile*. Bologna, 1998; M. AMALADOSS, *El evangelio al encuentro de las culturas. Pluralismo y comunión de las*

iglesias, Bilbao 1998, 7-89; A. NANNI-S. ABBRUCIATI, *Per capire l'interculturalità. Parole-chiave*. Bologna, 1999. H. KÜNG, *El cristianismo. Esencia e historia*, Madrid 1997, 643-799; R. FORNET-BETANCOURT, *Interculturalidad y globalización*, Frankfurt 2000; D. DE VALLESCAR, *Cultura, multiculturalismo e interculturalidad*, Madrid 2000; G. DAL FIUME, *Educare alla differenza. La dimensione interculturale nell'educazione degli adulti*, Bologna, 2000. X. ETXEBARRIA, *Ética de la diferencia*, Bilbao, 2ª ed. 2000. A. NANNI, *Una nuova paideia*. Bologna, 2000. G. MALGESINI-C.GIMÉNEZ, *Guía de conceptos sobre migraciones, racismo e interculturalidad*. Madrid, 2000. R. FORNET-BETANCOURT, *Transformación intercultural de la filosofía*, Bilbao 2001, 171-233. 371-382; F. CAMBI, *Intercultura: Fondamenti Pedagogici*, Roma 2001; V. CESAREO, *Per un dialogo interculturale*, Milano 2001; A.A. V.V., *El discurso intercultural*, Madrid 2002; M. MAALOUF, *Identidades asesinas*, Alianza editorial, Madrid, 2004. C. ALTAMIRANO (ed) *Términos críticos de sociología de la cultura*, Buenos Aires, 2002; R. PANIKKAR, *Paz e Interculturalidad*, Barcelona 2005; SARTORI, G: *Pluralismo, multiculturalismo e estranei*, Milano, 2000. M. SANTERINI, *Intercultura*, Brescia, 2003; Z. BAUMAN, *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid, 2003. N. BILBENY, *Ética intercultural*, Barcelona, 2004. X. ETXEBERRIA, *Sociedades multiculturales*, Bilbao, 2004. A. NANNI- S. CURCI, *Buone pratiche per fare intercultura*, Bologna, 2005. G. GENNAI, *Léxico interculturale*, Bologna, 2005. J.M. ESQUIROL, *Uno mismo y los otros. De las experiencias existenciales a la interculturalidad*. Barcelona, 2005. AA.VV. *A quarent'anni dal Concilio*, Bologna, 2005. A. MATTELART *Diversidad cultural y mundialización*, Barcelona, 2005.

ARTICULOS: JUAN PABLO II, *En la Iglesia nadie es extranjero* (mensaje para la jornada mundial del emigrante de 1995); T. MENAMPARAMPIL, *El reto de las culturas*, Boletín de la UISG, 1997, n. 103, pp 3-18. J. B. METZ, *Perspectivas de un cristianismo multicultural*», en J. J. TAMAYO (dir.), «Cristianismo y liberación. Homenaje a Casiano Floristán», Madrid 1999, 31-41; D. SALADO, *De la idea de “la cultura” y del “creciente intercambio” (Vaticano II) a la “interculturalidad” y “diálogo de las culturas” en un mundo multicultural*. En *Ciencia Tomista*, 132 (2005) 545-587. D. DE VALLESCAR, *Coordenadas de la interculturalidad*, en *DialFilos*. 51 (2001) 386-210; ID. *Interculturalidad y cristianismo*, en *Nuevo diccionario teológico*, Madrid, 2006. R. FORNET-BETANCOURT, *Supuestos, límites y alcances de la filosofía intercultural*, en *DialFilos*. 51 (2001) 411-426; P. VANZAN *Oltre la multiculturalità*, Civ.Cat. 16-II-2002, 366-377.

BIBLIOGRAFIA ESPECÍFICA:

AA.VV. *Internacionalita degli Istituti missionari. Un modo de vedere e vivere la missione nuova*, Quaderni infor-pime, n. 44. Roma, 1990. S. RECCHI, *La vie consacrée à la recontre des cultures*, *Vie consacrée*, 70 (1998) 176-186. D. NOTHOMB, *L'inculturation de la vie consacrée en Afrique*, en *Vie consacrée*, 70 (1998) 160-175. F. GRASSELLI: *Internazionalizzazione e inculturazione del carisma degli istituti missionari*, *Rev. AD GENTES*, 3 (1999) 186-222. SANTUCCI, F.: *La comunità religiosa internazionale*, en AA.VV: *Vivere insieme. La comunità religiosa: sfide e proposte*. Roma, 1999, 149-158. DIRECCIÓN GENERAL Carta sobre “La interculturalidad en la comunidad comboniana”, n.32. (6-I-1999) COMISIÓN TEOLÓGICA DE LA USG, *Dentro de la globalización: Hacia una comunión pluricéntrica e intercultural. Implicaciones eclesiológicas para el gobierno de nuestros*

institutos. Roma 2001; A. BOCOS, *Los Sínodos continentales interpelan a la vida y misión de los religiosos*. CpR, 81 (2000) 211-253. Id. *La obligada vía de la interculturalidad*, (pro manuscrito) Roma, 2001. La profecía de la solidaridad, en B. FERNÁNDEZ-F. PRADO (eds.), *Pobres en un mundo global*, Madrid 2004, P. DEL CORE, *L'identità personale, culturale e vacazionale in un mondo globalizzato. Quali percorsi di formazione?* (pro manuscrito) Roma, 2000. MACCISE, C: *Gli Istituti religiosi luego d'incontro multiculturale*, en "La vita consacrta e la sfida dell'inculturazione". Roma, 1996, 77-94; ID. *Un nuevo rostro de la vida consagrada*, Vitoria 2004; B. SECONDIN, *Abitare gli orizzonti*. Roma, 2002; P. CHAVEZ, Educarsi all'interculturalità, en Testimoni, 10 831-V-2003), 6. M.G. LE MURA la comunità religiosa: essere s'...nell'Altro e con l'altro, en Consacrazione e Servizio, 11 (noviembre, 2001) 26-34. O. TOMASI, Un problema attuale per fli istituti. Interculturalità ricchezza o minaccia? En Testimoni, 11 (15 -VI-2002) 11-12. AA. VV. Vendrán de oriente y de occidente,, Testimonio, n. 203 (2004); D.VALLESCAR, Interculturalidad, en el Suplemento del Diccionario Teológico de la Vida Consagrada, Madrid, 2005. ALDAY, J., *Quando gli istituti religiosi diventano internacionales. Dall'entusiasmo carismático al tirocinio intercultural*. Claretianum, Roma, 2006. USG-UISG, *Pasión por Cristo, pasión por la humanidad*. Congreso Internacional de vida consagrada, Madrid, 2005, 336-339; A. PERNIA, *Las comunidades religiosas internacionales en un mundo pluricultural*. VidRel 98 (2005) 289-298. J. NEO, *Inculturación*, en el Suplemento al Diccionario de vida consagrada, Madrid, 2005. CONFER, *Encuentro nacional de vida religiosa*, 45 (2006) 267-270, 306; S. GONZÁLEZ SILVA (ed) *Sin fronteras. Vida Consagrada y multiculturalidad*, Madrid, 2005.

Cortesía de Vidimus Dominum – El Portal para la Vida Religiosa

Sito: www.vidimusdominum.org